

# LA MAQUINA DEL TIEMPO

Retrocede 200 años. Atraviesa el Pacífico Sur  
con el capitán Cook y navega:

## RUMBO A AUSTRALIA

Nancy Bailey



TIMUN MAS



#### TÍTULOS PUBLICADOS:

1. EL SECRETO DE LOS CABALLEROS  
*Jim Gasperini*
2. AL ENCUENTRO DE LOS DINOSAURIOS  
*David Bischoff*
3. LA ESPADA DEL SAMURAI  
*Michael Reaves y Steve Perry*
4. LA RUTA DE LOS PIRATAS  
*Jim Gasperini*
5. LA GUERRA DE SECESIÓN  
*Steve Perry*
6. LOS ANILLOS DE SATURNO  
*Arthur Byron Cover*
7. LA ERA GLACIAL  
*Dougal Dixon*
8. EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA  
*Jim Gasperini*
9. EL PONY EXPRESS  
*Stephen Overholser*
10. LA REVOLUCIÓN AMERICANA  
*Arthur Byron Cover*
11. MISIÓN EN LA II GUERRA MUNDIAL  
*Susan Nanus y Marc Kornblatt*
12. EN BUSCA DE LAS FUENTES DEL NILO  
*Robert W. Walker*
13. EL SECRETO DEL TESORO REAL  
*Carol Gaskin*
14. LA HOJA DE LA GUILLOTINA  
*Arthur Byron Cover*
15. LAS CIUDADES DE ORO  
*Richard Glatzer*
16. EL DETECTIVE DE SCOTLAND YARD  
*Seymour V. Reit*
17. LA MASCARILLA DEL HÉROE  
*Carol Gaskin y George Guthridge*
18. LA ESPADA DE CÉSAR  
*Robin Stevenson y Bruce Stevenson*
19. RUMBO A AUSTRALIA  
*Nancy Bailey*
20. EL IMPERIO MONGOL  
*Carol Gaskin*

LA MAQUINA DEL TIEMPO 19

# Rumbo a Australia

Nancy Bailey



Ilustraciones: Julek Heller

TIMUN MAS



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

## ¡ATENCIÓN, VIAJERO A TRAVÉS DEL TIEMPO!

¡Eres una persona de suerte! Sí, en este momento tienes en tus manos una... ¡máquina del tiempo! En efecto, este libro es tu máquina del tiempo. No lo leas todo seguido, del principio al fin. Dentro de un momento recibirás instrucciones para cumplir una misión, una empresa especial que te llevará a otro período de tiempo. A medida que te enfrentes a los peligros de la historia, la máquina del tiempo te irá presentando opciones de adónde ir o de qué hacer.

El presente volumen contiene también un banco de datos para informarte sobre la época en la que vas a vivir. Puedes utilizarlo para desplazarte con mayor seguridad a través del tiempo. O bien tomar tus decisiones sin consultarlo. Tú eres el único responsable.

### IMPORTANTE

*Al final de este libro hay una lista de datos. Contiene sugerencias para ayudarte si no estás seguro de qué camino has de emprender. Este símbolo aparece al lado de todas las elecciones para las cuales existe una sugerencia en la lista de datos.*



*Con objeto de terminar tu misión lo más deprisa posible, y con éxito, puedes emplear a la vez el banco de datos y la lista de datos.*

Hay una conclusión correcta para esta misión. Debes llegar a ella o... ¡arriesgarte a quedar perdido en el tiempo...! Y recuerda que tienes a tu disposición el banco de datos y la lista de datos.

Título original: Bound for Australia  
Traducción: Margarita Cavándoli  
Editada en lengua inglesa por:  
Bantam Books, Inc. New York, 1987  
© 1987 Byron Preiss Visual Publications, Inc.  
«Time Machine»  
es marca registrada por Byron Preiss Visual Publications, Inc.  
© Editorial Timun Mas, S. A. Barcelona. 1988  
Para la presente versión y edición en lengua castellana  
ISBN: 84-7722-233-9  
Depósito legal: B. 28.341-88  
Talleres Gráficos Soler, S. A.  
Impreso en España - Printed in Spain  
Editorial Timun Mas, S. A. Castillejos, 294. 08025-Barcelona



## LAS CUATRO REGLAS PARA VIAJAR A TRAVÉS DEL TIEMPO

Cuando empieces tu misión, debes observar las reglas siguientes. Los viajeros por el tiempo que no las cumplen, se arriesgan a quedar perdidos en él para siempre...

1. No mates a ninguna persona ni animal.
2. No intentes cambiar la historia. No dejes nada del futuro en el pasado.
3. No llesves a nadie contigo cuando franquees la barrera del tiempo. Evita desaparecer de un modo que asuste a la gente o la haga sospechar.
4. Sigue las instrucciones que te dé la máquina del tiempo y elige entre las opciones que te ofrezca.

## TU MISIÓN

**Tu misión consiste en viajar al inmenso territorio australiano en el siglo XVIII y encontrar al primer occidental capaz de sobrevivir por su cuenta en esta tierra inhóspita.**

Situadas al otro lado del mundo, las tierras de Australia estuvieron ocultas a los ojos occidentales durante muchos siglos.

El capitán James Cook cambió la situación. En 1768 abandonó Inglaterra y puso rumbo al Pacífico Sur. Llevaba consigo un pliego de instrucciones secretas en las que se le ordenaba explorar las aguas desconocidas del Pacífico Sur en busca de la legendaria *Terra Australis*.

Lo que Cook descubrió superó todas las expectativas. Australia era un territorio de sorprendentes contrastes y tan inhóspito que parecía que ningún occidental podría vivir jamás allí.

Empero, algunos sobrevivieron... y finalmente nació un nuevo país. ¿Quiénes fueron estos primeros colonizadores? Para averiguarlo, tendrás que viajar con el capitán Cook y descubrir un nuevo continente.



**Para activar la máquina del tiempo,  
pasa la página.**





**VIAJE A TRAVÉS DEL  
TIEMPO ACTIVADO.**

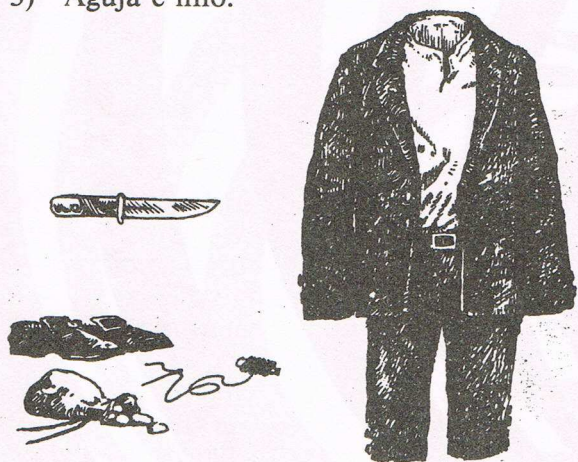
**Listo para el equipo.**



## EQUIPO

Llevarás la indumentaria de un típico marinero del siglo XVIII: calzón corto, chaqueta y zapatos resistentes. Asimismo, puedes elegir dos de los siguientes objetos:

- 1) Una navaja.
- 2) Una bolsa de caramelos.
- 3) Aguja e hilo.



Para empezar tu misión,  
pasa a la página 1.



Para saber más cosas acerca  
de la época a la que viajarás,  
pasa a la página siguiente.

## BANCO DE DATOS

1) Hasta el siglo XVIII, en Europa se sabía muy poco sobre el Pacífico Sur. La mayoría de los geólogos europeos creían que en algún punto del hemisferio sur existía una enorme masa de tierra –tradicionalmente conocida como *Terra Australis* o Tierra Austral–, pero nadie la había encontrado. Aunque Australia y Nueva Zelanda ya estaban descubiertas, nunca habían sido exploradas a fondo. Nadie sabía con certeza si Australia, que entonces se llamaba Nueva Holanda, era la masa de tierra más grande del Pacífico Sur.

2) James Cook nació el 27 de octubre de 1728 y era hijo de un campesino de Yorkshire. El 17 de junio de 1755, a los veintisiete años, Cook decidió alistarse en la Real Armada británica como marinero. Sus superiores comprendieron muy pronto que Cook estaba dotado de cualidades excepcionales y lo ascendieron en varias ocasiones. Sin embargo, fuera de la Armada muy pocas personas habían oído hablar de él.

3) A comienzos del siglo XVIII, el astrónomo Edmund Halley postuló la teoría de que sería posible determinar la distancia que separaba la Tierra del Sol observando el planeta Venus en 1769, cuando pasara ante la faz del Sol. La Real Sociedad de Astrónomos consideró que uno de los mejores lugares desde los cuales se podía observar dicho tránsito era algún punto del Pacífico Sur. El rey Jorge III accedió a proporcionar a la Real Sociedad un barco para su expedición a estos mares.



4) James Cook fue nombrado capitán de la expedición de dicha sociedad. Le ordenaron poner rumbo a Tahití y desde allí observar Venus, pero también llevaba un fajo de órdenes lacradas que sólo podía abrir durante la travesía. Dichas órdenes le indicaban que navegara hacia el sur y luego hacia el oeste, desde Tahití, en busca de la legendaria *Terra Australis*, y que demostrara definitivamente su existencia.

5) El barco que Cook eligió para la travesía fue el *Endeavor*. Zarpó el día 27 de mayo del año 1768.

6) La Real Sociedad de Astrónomos seleccionó un equipo de científicos civiles que acompañó a Cook en el *Endeavor*. El botánico del equipo era Joseph Banks, un distinguido y rico joven de veinticinco años. En lo que a la Real Sociedad –y al público en general– se refería, no era Cook sino Banks la persona más importante a bordo del *Endeavor*.

7) La travesía de Cook en el *Endeavor* duró tres años. En ese viaje trazó las cartas marinas de la costa oriental de «Nueva Holanda» y la reivindicó para Inglaterra. En un segundo viaje demostró que no existía la masa terrestre de *Terra Australis*. Aunque el mito del enorme continente se desvaneció, el nombre sobrevivió cuando Nueva Holanda comenzó a llamarse Australia.

8) A bordo de la mayoría de los barcos del siglo XVIII, las condiciones de vida eran pésimas. La alimentación deficiente, la suciedad y las enfermedades –sobre todo el escorbuto– diezmaron a los marineros, hasta el extremo de que era costumbre enrolar a bordo más hombres de los necesarios. Por si esto fuera poco, muchos capita-

nes del siglo XVIII eran unos desalmados. En cambio, el capitán Cook se interesaba vivamente por la salud y el bienestar de su tripulación.

9) En tierra firme, el sistema legal británico era igualmente severo. Por los delitos más triviales ahorcaban, mataban a azotes o deportaban –desterrados del país– a hombres, mujeres y niños.

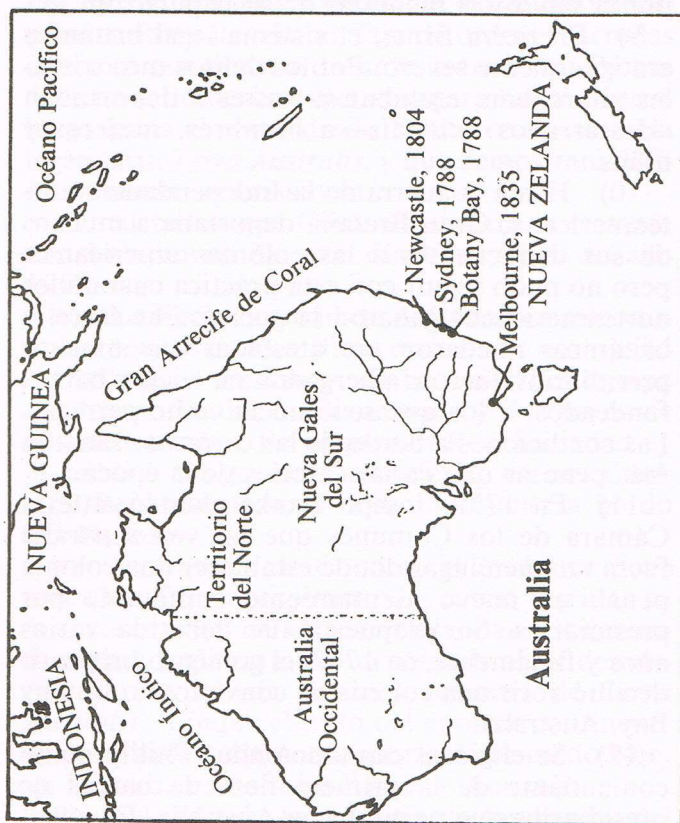
10) Hasta la guerra de la Independencia norteamericana, Gran Bretaña deportaba a muchos de sus delincuentes a las colonias americanas, pero no pudo seguir con esta práctica cuando los norteamericanos ganaron la guerra. Las cárceles británicas quedaron tan atestadas que muchos presidiarios fueron albergados en viejos barcos fondeados, a los que se conocía como carracas. Las condiciones a bordo de las carracas eran aún más penosas que en las cárceles de la época.

11) En 1779, Joseph Banks planteó ante la Cámara de los Comunes que tal vez Australia fuera un buen lugar donde establecer una colonia penal, un nuevo asentamiento compuesto por presidiarios. Su propuesta fue debatida varios años y finalmente, en 1787, el gobierno británico decidió abrir una colonia de convictos en Botany Bay, Australia.

12) Se eligió al capitán Arthur Phillip como comandante de la primera flota de barcos de presidiarios que partió hacia Australia. En cuanto la flota llegó, Phillip se convirtió en gobernador de la nueva colonia. Al igual que el capitán Cook, era un hombre extraordinariamente tolerante y humano para su época.

13) La primera flota zarpó el 13 de mayo de 1787 y llegó a Botany Bay el 18 de enero de 1788.





La formaban once naves que trasladaron cuatro compañías de infantes de marina, 443 marineros y alrededor de 800 penados.

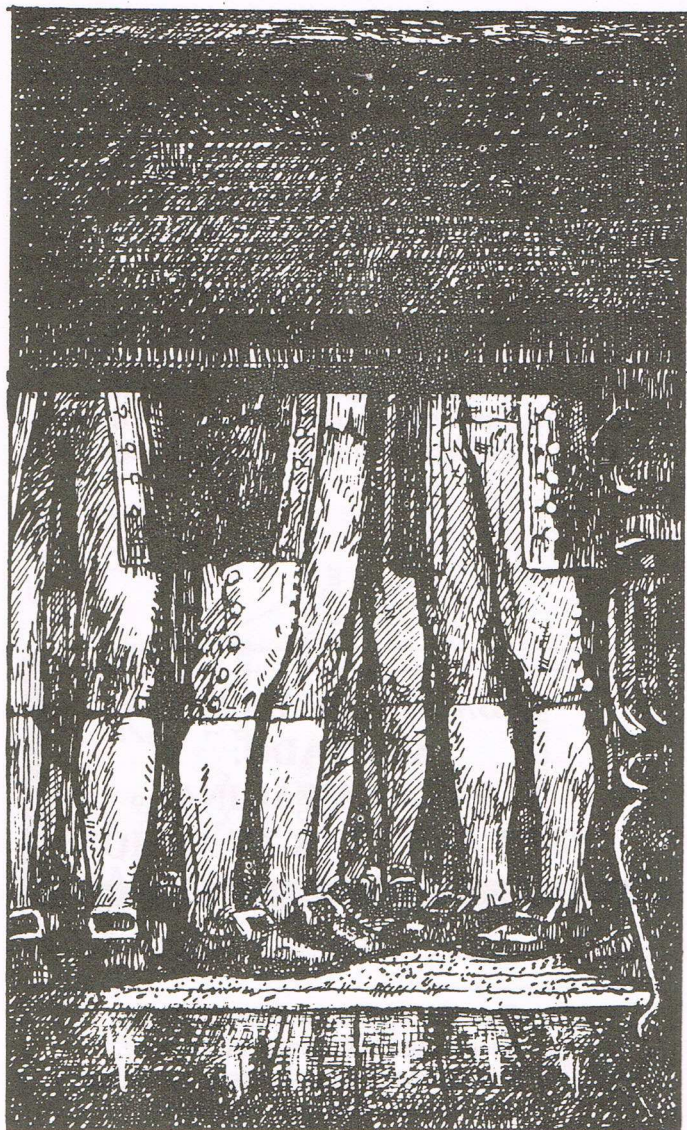
14) La primera expedición tuvo que superar grandes dificultades. No llevaban botánicos ni geólogos, y no tenían quien les aconsejara cómo cultivar las nuevas tierras. Tuvieron que hacer frente a un suelo duro como la piedra y a prolongadas sequías. El ganado que habían traído se dispersó o murió, y las provisiones se acabaron muy pronto. Poco después de la llegada de la expedición, fue evidente que se morirían de hambre si en un año y medio no obtenían cosechas.

**BANCO DE DATOS  
AGOTADO.  
PASA LA PÁGINA  
PARA EMPEZAR TU MISIÓN**



**Cuando aparezca este símbolo,  
no olvides que, para orientarte,  
puedes consultar la lista de datos  
que hay al final de este libro.**





U

N puño golpea la mesa... ¡precisamente la mesa debajo de la cual estás tú!

—¡No! —grita una voz.

Miras cauteloso a tu alrededor, pero sólo ves el bosque de piernas que rodea la mesa.

—¡Vaya petimetre! —grita un hombre, al parecer el mismo que dio el puñetazo—. ¡Ese tonto de capirote y de sonrisa afectada...! ¡Vamos, señor Alexander Dalrymple no está más preparado que usted para mandar una nave! En mi condición de Primer Lord del Almirantazgo, creo que tengo derecho a...

Una voz más serena le interrumpe:

—Señor, conozco muy bien su concepto del señor Dalrymple, pero me gustaría recordarle que es miembro de la Real Sociedad de Astrónomos y que sentimos una gran estima por él. Es un navegante y un topógrafo muy competente, así como un botánico de primera categoría.

—¡Sí, ya lo creo! ¡Jamás pisó la tierra un simio tan engreído! —grita el primer hombre.

Sientes que te atenazan los calambres bajo la mesa. Modificas tu postura, procurando hacer el menor ruido posible.

El primer hombre sigue vociferando:



—Vuelvo a repetirlo: ¡si nosotros, la Marina Real, proporcionamos la nave para esta expedición a los mares del Sur, por Dios que también designaremos al capitán! —patea enérgicamente y está a punto de pisarte la mano—. Si el Gran Continente Austral existe, de lo que no estoy seguro, la Armada británica debe ser la primera en encontrarlo y *reivindicarlo*. Para navegar por esas aguas que no figuran en las cartas sólo confío en un hombre: el capitán James Cook.

¡El capitán Cook! Es el hombre a cuya expedición debes sumarte. Tal vez así puedas averiguar algunas cosas sobre él. Ahora, el segundo hombre eleva la voz:

—¡El capitán Cook! ¡El hijo de un campesino! ¡No está capacitado para esta empresa! ¡Pero si nació en una choza de barro!

—¿Y eso qué importa? —pregunta impaciente el almirante—. Jamás pisó la Tierra navegante más capaz... ni jamás se hizo a la mar mejor navegante.

—¡Señor, Cook no es un científico! Usted desea encontrar el Gran Continente Austral y nosotros, los miembros de la Real Sociedad, estamos más interesados por la ciencia. En 1769, Venus pasará ante la faz del Sol y el mejor lugar para observar el fenómeno será Tahití... Buscamos un capitán que sepa qué tiene que mirar.

—¡Pamplinas! Cualquiera puede observar una estrella —opina el Primer Lord del Almirantazgo.

—¡Un *planeta*! —corrige enfurecido el científico.

—Está bien, un planeta. De todas maneras, aún faltan dos años. —Por lo menos, ya sabes en qué año estás: 1767—. Tendrán tiempo de sobra para enseñarle lo que debe observar.

—Está bien, pero el señor Dalrymple...

—La última vez que la Real Sociedad eligió a un científico para mandar una expedición, los tripulantes se amotinaron. Me refiero a aquel zoquete de Edmund Halley. ¡Mirar las estrellas todo el día no sirve para aprender a gobernar una nave! ¡Propongo que sea la Armada la que decida... e insisto en que Cook es el hombre idóneo!

Este diálogo puede prolongarse indefinidamente. Como sabes que acabarán eligiendo al capitán Cook, probablemente tenga más sentido iniciar tu misión. ¿Cuál es el mejor modo de llegar a Australia? ¿Abordar un barco que zarpe hacia los mares del Sur o franquear la barrera del tiempo y conocer a alguien que pueda presentarte al propio capitán Cook?



**Abordas un barco que zarpa hacia los mares del Sur.  
Pasa a la página 8.**



**Buscas a alguien que te pueda presentar al capitán Cook.  
Pasa a la página 19.**





E

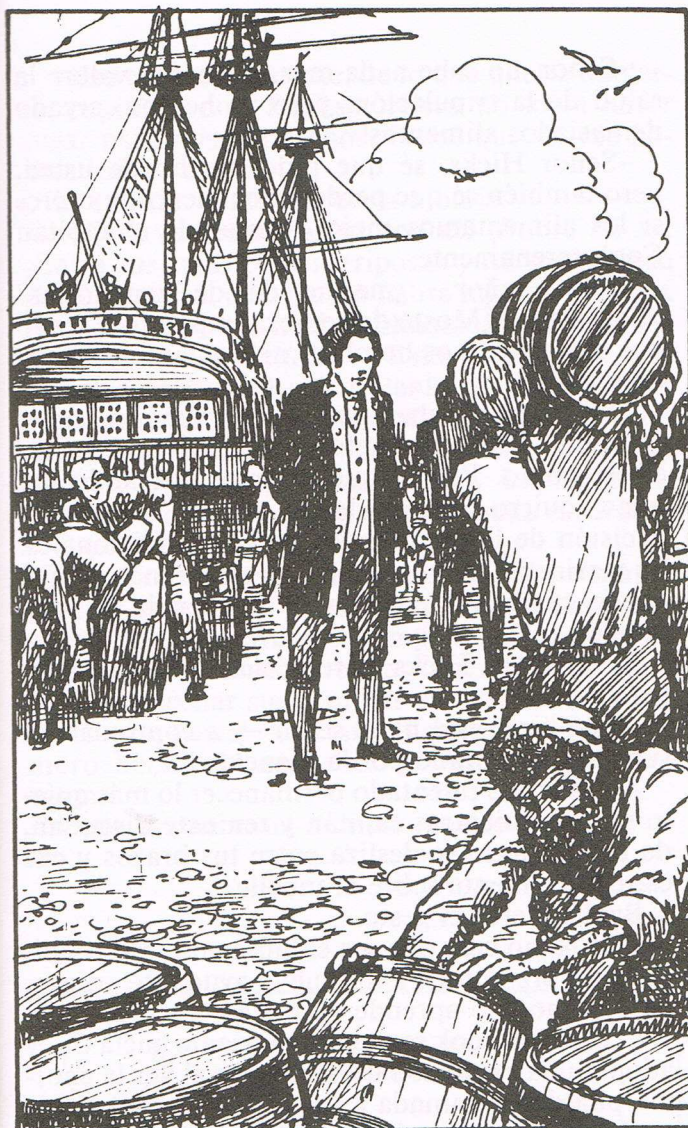
l 6 de agosto de 1768. Caminas hacia los muelles de Deptford, donde está anclado el *Endeavor*, el buque del capitán Cook.

El barco tiene prevista la partida para fin de mes y en los últimos días has ayudado a Joseph Banks a trasladar sus pertrechos a bordo. Ahora avanzas a duras penas detrás de él, cargado con todo tipo de cosas: lupas, cajas para mariposas, instrumentos de disección, latas para especímenes y diversos libros de ciencia. Todo puede caer de tus brazos en cualquier momento.

—¡Cook! —grita Banks, y avanza presuroso—. Quiero hablar con usted.

¡El capitán Cook está en Deptford! Te apresuras tanto como puedes. Por fin llegas al muelle, donde un hombre de pelo oscuro, que seguramente es Cook, habla en tono serio con el teniente Zachary Hicks.

Banks y tú ya habéis tenido unas cuantas disputas con Hicks. Al parecer, no entiende por qué un botánico necesita llevar tantos pertrechos y nunca recuerda cuáles son las cajas frágiles de Banks. En este momento discute con el capitán... y sus palabras te resultan familiares.





—Señor, no cabe nada más. ¡Sé cómo valora la salud de la tripulación, pero ya hemos cargado demasiados alimentos!

—Señor Hicks, sé que pido mucho de usted, pero también sé que perderemos menos hombres si los alimentamos mejor —responde el capitán Cook serenamente.

—Pero, señor... ¿mermelada de zanahorias? ¿Col salada? ¿Mosto de cerveza impoluto... sea lo que sea esto? ¡Los hombres ni siquiera probarán estas cosas!

—Lo harán si saben para qué sirven —insiste el capitán—. Estos alimentos contribuirán a evitar el escorbuto. Puesto que estamos hablando del tema, quiero informarle de que he tomado la decisión de llevar prendas de vestir adicionales. La marinería trabajará mejor y estará más sana si puede cambiarse con mayor frecuencia la ropa mojada.

El teniente Hicks parece más molesto aún, pero masculla:

—Está bien, está bien, señor —y a continuación sube malhumorado por la plancha.

Aunque has intentado permanecer lo más quieto posible mientras capitán y teniente discutían, de pronto todo se desliza entre tus brazos y cae estrepitosamente sobre el muelle.

Banks tuerce el gesto.

—Cook, no creo que sea el momento más propicio para presentarle a mi nuevo ayudante —dice—, pero el mocoso aprende de prisa.

El capitán Cook se vuelve sonriente hacia ti... y adopta una expresión de desespero al ver la enorme pila desparramada a tus pies.

—En nombre del cielo, ¿qué es todo eso?

—Eso es, precisamente, de lo que quería hablarle, capitán —dice Banks—. Hicks no logra hacer lugar para mis pertrechos. Pensé que tal vez podría hablar con él.

El capitán sonríe de oreja a oreja.

—¿Que vuelva a hablar con él? ¡Pobre Hicks! ¡Entre sus cajas para mariposas y mi mermelada de zanahorias, a bordo no habrá lugar ni siquiera para un gato! —Estrecha cálidamente tu mano—. Bienvenido al *Endeavor*. Estoy seguro de que trabajando para el señor Banks aprenderás muchas cosas. Bien, intentemos encontrar un sitio donde meter todo esto. —Subís por la plancha. El capitán Cook se dirige a Banks y le pregunta: ¿Ya le ha dicho al joven lo que puede esperar?

Banks sonríe.

—Sí. Trabajo, trabajo y más trabajo. Atrapar peces y guardarlos en alcohol. Disecar los ejemplares que encontremos. Limpiar mis pinceles de pintor. Clavar insectos en las tarjetas. Secar plantas y almacenar sus semillas en cera...

—¡Basta, basta! —exclama el capitán riendo—. El mero hecho de escuchar su enumeración me agota.

Esperas con ansia el momento de zarpar.



Pasa a la página 11.





E

STÁS a oscuras, en una penumbra sofocante y hedionda poblada por quejidos de hombres que sufren atrozmente.

—¿Dónde estoy? —preguntas en voz alta.

—Estás en la enfermería —responde una voz débil—. ¿Acabas de recuperar el conocimiento?

—Su-su-supongo que sí —replicas—. ¿Dónde estoy? ¿Qué año es?

—¡Sospecho que estás muy enfermo! Es el año 1739. Ésta es la nave del comodoro Anson y nos dirigimos a los mares del Sur... si es que alguien sigue vivo cuando lleguemos. —Tose cansinamente—. Ahora perdemos cinco o seis hombres por día. Probablemente, yo seré el próximo.

Tus ojos se han habituado a la penumbra y el espectáculo es terrorífico. A tu alrededor hay decenas de enfermos. Tu compañero es un chiquillo poco mayor que tú, un chiquillo que suda y se agita, echado en una pila de paja sucia. Alzas tu sombrero y le abanicas el rostro.

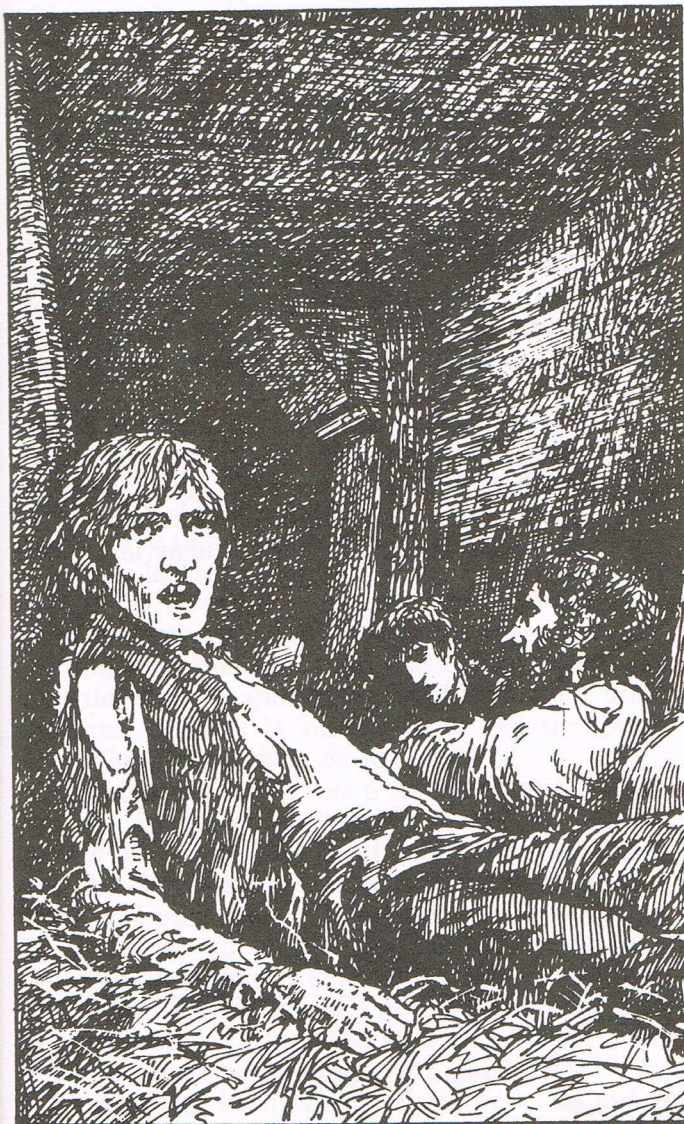
—Muchas gracias —susurra—. A propósito, me llamo Henry Stillman... y soy grumete.

Le dices cómo te llamas y preguntas:

—¿Por qué hay tantos enfermos?

Henry ríe débilmente.

—Eres novato en esto, ¿verdad? ¿Ignorabas que





en la mayoría de los barcos suele morir más de la mitad de la tripulación? Por eso las naves siempre llevan más hombres de los necesarios. De nada sirvió que atiborrraran este barco con pensionistas de edad avanzada en lugar de enrolar marineros sanos. -Vuelve a toser-. Al menos, ahora podemos respirar un poco mejor. Finalmente, el capitán decidió abrir una escotilla de ventilación aquí abajo, al ver que los hombres internados en la enfermería empezaban a asfixiarse.

Tienes la sospecha de que este barco no llegará a su destino. Aunque lo consiga, ¿cómo es posible que alguno de sus pasajeros enfermos y debilitados sobreviva y colonice un nuevo territorio? Te arrastras hasta un rincón y franqueas la barrera del tiempo.



Pasa a la página 19.



**CORRE** el mes de enero de 1769. Llevas casi cinco meses a bordo del *Endeavor* y tienes la sensación de que la vida en el mar es la única posible.

El señor Banks no exageraba cuando dijo que estarías muy atareado. Haces todo lo que dijo que harías e incluso más... hasta paseas los dos divertidos galgos que ha traído. Desde hace unas semanas, dedicas la mayor parte del tiempo a desear la desaparición de los albatros.

Los albatros -enormes aves marinas de color blanco- se han convertido en el último foco de interés de Banks. Disecó el primer ejemplar que abatió... después de encomendarte que lo desplumaras. El esqueleto del segundo albatros cuelga de tu litera, en espera del día en que Banks disponga de tiempo para estudiarlo. Fue entonces cuando hiciste una sugerencia de la que ahora te arrepientes. Preguntaste al señor Banks si no serían un buen alimento.

En realidad, los albatros saben bien... en cuanto se han remojado varias horas en agua salada,



hervido en agua salada y vuelto a hervir en agua dulce. El problema consiste en que desde entonces sólo has comido albatros.

No es el único alimento extraño que has probado durante esta travesía. También has degustado sopa de jibia, preparada con una jibia destrozada que Banks descubrió flotando entre las olas. Y has catado todos los alimentos que el capitán Cook cargó a bordo con el propósito de evitar el escorbuto.

En un primer momento, los marineros recelaban, incluso más que tú, de los nuevos alimentos del capitán. Querían comer como de costumbre: ternera y cerdo salados y galletas, una y otra vez. Sin embargo, el capitán guardaba un as bajo la manga.

—Me ocupo de que algún alimento nuevo se sirva diariamente en la mesa del capitán —te explica en privado—. Los tripulantes pueden elegir entre comerlo o no... pero cuando ven que los demás oficiales y yo lo tomamos, siempre acaban por probarlo.

¡Tiene razón! Algunas de las cosas que al principio los marineros detestaban porfiadamente —por ejemplo, la col fermentada— ahora han de ser racionadas. Todavía no se ha presentado un solo caso de escorbuto.

Cada vez hace más frío. Cook ordena que desembalen la ropa de abrigo. Todos los tripulantes reciben un calzoncillo de lana y una gruesa chaqueta, también de lana, conocida como «intrépida». Aunque son útiles, tu cuerpo del siglo XX no logra adaptarse al frío y a la humedad de una nave del XVIII.

—Alegra esa cara —dice Cook al verte temblar—.

¡Sólo faltan unos pocos meses para que arribemos a Tahití!

No quieres esperar unos meses más. Ha llegado la hora de ir a un lugar más cálido. Tal vez deberías avanzar en el tiempo hasta el momento en que el barco llegue a Tahití. O podrías tomar un atajo y franquear la barrera del tiempo para arribar a Australia dentro de cien años. ¡Quizá puedas acabar pronto tu misión!

Será mejor que te quites la «intrépida» antes de partir.

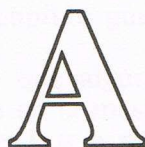


**Vas a Tahití con el barco.  
Pasa a la página 22.**



**Vas a Australia dentro de cien años.  
Pasa a la página 14.**





NOCHECE de prisa en el pequeño claro rodeado por los matorrales y unos pocos árboles viejos y nudosos. Los postres rayos del Sol han teñido de dorado la charca cercana y una bandada de cacaúas blancas revolotea y chilla por encima de tu cabeza, mientras se dispone a posarse para pasar la noche.

Contemplas una especie de campamento... mejor dicho, lo que ha sido un campamento. Ves las cenizas de fuegos apagados, restos de vajilla rota y una empalizada fabricada con árboles jóvenes... pero no hay otras señales de vida. ¿Dónde estás?

Intentas decidir qué hacer, cuando oyes que alguien se acerca. Te vuelves y ves a tres hombres que se aproximan a ti cojeando... tres hombres tan delgados, andrajosos y con una expresión tan de-

sesperada que, involuntariamente, das un paso atrás.

—¡Aquí no hay nadie! —jadea uno de los hombres—. Su-supongo que se trasladaron a otro tramo del río.

Das un paso al frente, sin saber muy bien qué haces.

—¡Ah... hola! —dices torpemente.

—¡Demos gracias a Dios! —exclama el mismo hombre—. ¿Dónde está el resto del destacamento? ¡Ve a decir a Burke, Wills y King que hemos regresado! ¡Lo conseguimos! ¡Llegamos al golfo!

—A-a-acabo de llegar —explicas—. ¿A quién debo avisar?

El hombre se muestra perplejo y pregunta:

—¿No formas parte de la expedición de Brahe?

—No, estoy solo —respondes mientras buscas, desesperado, el modo de justificar tu presencia—. Me he separado de mi expedición. —Hasta cierto punto lo que dices es la verdad—. ¿Quién es Brahe?

—William Brahe es el hombre a quien dejé a cargo del campamento. Soy Robert Burke, jefe de la expedición que cruzó el continente de sur a norte... ¡tienes que haber oído hablar de nosotros! ¡Lo conseguimos..., lo logramos! ¿Dónde está Brahe? Tenía orden de esperarnos aquí, en el río Cooper. Nos quedamos sin víveres. Uno de los nuestros murió días atrás y sólo nos quedan dos camellos. ¡No sobreviviremos sin el resto de la expedición!

—¡Burke! ¡King! ¡Mirad esto! —exclama otro de los hombres, que seguramente es Wills.

Wills señala un árbol que hay a tus espaldas. Han arrancado un trozo de corteza y en la herida





abierta en el tronco se divisa un mensaje. Los tres hombres se acercan al árbol con dificultad. Los sigues.

El mensaje es claro:

CAVAR  
1 M. NO  
21 DE ABRIL DE 1861

—¡Veintiuno de abril! ¡Es hoy! —exclama Burke.

—Si se hubieran trasladado a otro tramo del río, no habrían dejado este mensaje —comenta Wills con seriedad.

Burke se deja caer al suelo y gime desesperado. Wills y King se acercan lentamente al lugar recién cavado, situado a un metro de distancia, y desentieran un bulto de cuero. Contiene provisiones y una botella con un mensaje. King extrae el mensaje y se lo entrega a Burke en silencio. Éste lo lee con rapidez.

—El destacamento de Brahe ha levantado el campamento esta misma mañana. Decidieron que ya no podían esperar más —explica con voz temblorosa—. Van hacia el sudeste. Se nos escaparon por un día: el que dedicamos a cavar la tumba de Charley Gray. Moriremos aquí.

Reina el silencio. Una cakatúa solitaria chilla en la oscuridad.

Carraspeas y preguntas:

—Bueno, ¿no podéis ir tras ellos?

—No —replica Burke categóricamente—. No iremos tras ellos. Pondremos rumbo sudoeste, en dirección al monte Hopeless. Es el asentamiento más próximo... sólo está a ciento cincuenta kilómetros.



—Puesto que acaban de marcharse, ¿no sería más fácil tratar de alcanzarlos? —inquieres.

Tienes la sensación de que la decisión de Burke es irrevocable.

—Dejaré un mensaje en la botella por si alguien pasa por aquí, pero no pienso esperar a ese miserable —masculla mientras saca una hoja de papel y un lápiz—. No ha sabido cumplir su palabra. Ni siquiera se enteró de que estábamos cerca. No fue capaz de... —sus palabras se pierden en un murmullo ininteligible.

Quizá sea más sensato seguir a Brahe. Su destacamento tiene más posibilidades de sobrevivir y no puede estar muy lejos. Pero estos hombres te preocupan. ¿Deberías acompañarlos?



**Sigues a Burke, Wills y King.  
Pasa a la página 24.**



**Vas en busca de la expedición  
de Brahe.  
Pasa a la página 26.**



Es el 17 de mayo de 1768 y te encuentras en un polvoriento pasillo secundario del Museo Británico. Aunque estás junto a una puerta cerrada, el hombre situado en el interior de la sala habla con tanto énfasis que te resulta fácil oírlo:

—Todos los mentecatos van a Europa al acabar la universidad. ¡Mi gran gira será alrededor del mundo! No imagino mejor vida que la de ser el botánico de una nave. Además, Cook ya ha prometido dejarme llevar mi equipo de ayudantes.

¡Este debe ser tu billete en la expedición del capitán Cook! Sin pensar, llamas a la puerta y entras.

—¿Cook? —inquieres, y te detienes delante del hombre que hablaba de Cook—. Estaba hablando del capitán Cook, ¿verdad?

Repantigado en un sillón de orejas, y con expresión de sorpresa, se encuentra el hombre más alto y musculoso que has visto en tu vida. Parece rondar los veinticinco años y viste de acuerdo con la moda de la época... si bien de sus bolsillos sobresale una piel de serpiente y varios fósiles cuelgan de su leontina. Y su despacho huele a mil demonios.





—Sí, hablaba del capitán Cook —responde—. Soy Joseph Banks. Y tú, ¿quién diablos eres?

Le das tu nombre y añades:

—Lo oí por casualidad... y pensé que tal vez estaría dispuesto a contratarme como ayudante. Siempre he soñado con surcar los mares del Sur.

Banks guía a su compañero hasta la puerta y vuelve a su sillón de orejas.

—¿Conque quieres ir a los mares del Sur? —pregunta burlón—. ¿Puedes decirme exactamente en qué podrías ayudarme?

—Sé que usted es un científico —respondes—. Tal vez podría ayudarlo a recoger ejemplares...

Banks se incorpora y te entrega una bandeja que ha retirado del alféizar. Contiene un pescado medio podrido. ¡Por eso la estancia huele tan mal!

—¿Qué comentario puedes hacerme sobre este ejemplar? —pregunta.

—Parece, señor... parece que lleva muerto mucho tiempo.

Banks ríe súbitamente. Sus carcajadas, al igual que su persona, son descomunales.

—Creo que podremos encontrarte lugar —añade—, pero tendrás que trabajar de firme... ¡y espero que no te moleste compartir tu hamaca con mis colecciones!

¡Mientras no huela a podrido, no te importa!



Pasa a la página 4.





E

el 12 de abril de 1769. Percibes el perfume y la fragancia del aire. El mar brilla en tonalidades turquesa. Desde la borda, observas la flota de canoas que se acerca raudamente al barco.

—¿Son tahitianos? —preguntas a Banks.

—Supongo que sí —replica—. Al fin y al cabo, hemos llegado a Tahití.

¿Tendrán los remeros intención de atacar? Por el silencio que reina a bordo comprendes que ninguno de los marineros sabe muy bien qué debe hacer.

—Capitán, ¿hago un disparo de advertencia? —pregunta el teniente Hicks.

—¿Para qué? —replica el capitán Cook—. Espere-mos un rato y averigüemos qué pretenden.

A medida que las canoas se aproximan, ves a los isleños que las tripulan: hombres airoso y de pelo oscuro, cuya piel está adornada con tatuajes negros. Las canoas están repletas de ramas verdes y los nativos os las ofrecen en cuanto rodean el barco.

—Quieren que las aceptemos —comenta el capitán—. Debe de ser una ceremonia de bienvenida. Sin embargo, ¿qué haremos con esas ramas?

—Señor, ¿por qué no adorna con ellas los aparejos del barco? —propones.

El capitán Cook acepta tu sugerencia y los aparejos quedan engalanados en verde. Los nativos sonríen de oreja a oreja para expresar su aprobación.

Aunque los marineros ansían bajar a tierra, Cook los reúne antes de que puedan hacerlo.

—Pasaremos una temporada en estas tierras —dice con tono solemne—. Quiero estar absolutamente seguro de que trataréis con justicia a los nativos. Recordad que estamos aquí en calidad de invitados. Aquí obedecemos sus leyes, no las del rey Jorge. Si descubro que alguien intenta engañar a los nativos, robarles o hacerles daño... —mira de reojo al teniente Hicks— será azotado.

—Creo que son demasiadas molestias por un montón de malditos paganos —masculla a tus espaldas un infante de marina.

Cook lo oye.

—¡Gibson, ése es, precisamente, el tipo de comentario que no permitiré en este barco! —puntualiza el capitán—. Queda arrestado una semana a bordo.

Gibson se muestra abatido. Pide disculpas, pero Cook ya no le presta atención.

—¡Muy bien, marineros! ¡Preparados para bajar a tierra!



Pasa a la página 39.





# H

A transcurrido una semana desde la espantosa noche en que Burke, Wills y King regresaron al río Cooper y hallaron el campamento abandonado. Hace siete días que avanzan a trancas y barrancas hacia el sudeste, y tú vas con ellos.

Todos los días son iguales. Los cuatro partís cuando sale la Luna, hora en que hace más fresco. Camináis en fila india entre los matorrales y los eucaliptos. En cuanto sale el Sol y la canícula arrecia, procuras apartar de tu cara las hordas de moscas. Oyes los chillidos de los pájaros e intentas ignorar tus ampollas y el escozor en la garganta reseca. Al atardecer os derrumbáis agotados y dormís unas pocas horas hasta que vuelve a salir la Luna.

El domingo 28 de abril hacéis una pausa y repentinamente oís los bramidos de un animal angustiado.

—¡Los camellos! —exclama Burke.

Te incorporas de un salto y corres hacia la charca donde habéis dejado los camellos.

Uno de los animales, *Rajah*, se encuentra bien, pero *Landa* se ha hundido en el barro hasta el cuello.

—¡Tenemos que sacarlo de aquí! —gritas.

El camello es demasiado pesado y el barro excesivamente pegajoso. Nada puedes hacer.

Parece que *Landa* se ha dado por vencido. Hay una expresión de serenidad en su rostro, como si la bestia se sintiera más feliz reposando en medio del barro que obligada a seguir andando.

—Tendremos que pegarle un tiro —interviene Wills, con profundo pesar.

Esta expedición no puede sobrevivir con un solo camello. Te despides mentalmente de tus camaradas y, con el corazón oprimido, buscas un lugar apartado desde el que franquear la barrera del tiempo.



Pasa a la página 22.





**C**ORRE el 8 de mayo de 1861 y por algún motivo sigues en el campamento del río Cooper. Burke, Wills y King partieron hace quince días a la búsqueda del monte Hopeless. Vuelves a estar solo y, una vez más, oyes que alguien se acerca. ¿Quién será?

Pronto sales de dudas, ya que un minuto más tarde dos hombres a caballo entran en el claro. Como no te han visto, te ocultas detrás de un árbol sin hacer ruido. Tal vez sea demasiado complicado dar cuenta de tu presencia en ese lugar.

—No lo sé, Brahe —dice uno de los hombres. ¡De modo que Brahe en persona ha venido a echar un vistazo al campamento! Ése debe de ser el motivo por el que tu decisión de reunirte con él no te apartó de aquí—. ¿Qué me dices de esas cenizas? En mi opinión, corresponden a hogueras bastante recientes. Estoy seguro de que Burke pasó por aquí.

—No, no y no —se impacienta Brahe—. Es probable que los nativos hayan encendido esos fuegos. Estoy seguro de que nadie más ha pasado por aquí desde nuestra partida. Emprendamos el regreso.

—Sin embargo, parece que alguien ha desenterrado nuestro mensaje.

—¡Se ha vuelto loco! —le espeta Brahe—. Está tal como lo dejamos.

¡Lo cierto es que Burke les dejó un mensaje en la botella! ¡Tienen que leerlo! ¡Aún existe la posibilidad de que se reúnan con él!

—¡Revisad la botella! —gritas impetuosamente desde detrás del árbol.

Los dos jinetes se miran... y luego, aterrados, dan media vuelta a sus monturas y se pierden al galope.

Han debido creer que eras un fantasma.

No es mucho lo que has logrado. Pero al menos sabes que ningún colonizador ha puesto los pies todavía en este lugar remoto. De todas maneras, has transgredido una de las reglas para viajar a través del tiempo, intentando cambiar el curso de la historia.



**Pasa a la página 1.**





E

*L Endeavor* se detiene bruscamente, con un espantoso crujido. Te deslizas por la varenga hasta chocar contra una cuaderna. Te incorporas y tienes que arrastrarte por el suelo para llegar a la puerta.

El *Endeavor* puso rumbo a Australia hace pocos días y todo ha sido una pesadilla. Las aguas costeras septentrionales están muy encrespadas y hay tantas rocas que la nave se ve obligada a avanzar muy lentamente. Cook sólo ha dormido un par de horas... al igual que casi toda la tripulación. Hasta el momento, el barco no ha chocado con nada.

La expresión de horror de los marineros que están en cubierta te indica que ha tenido lugar un terrible accidente. Sólo Cook mantiene la calma.

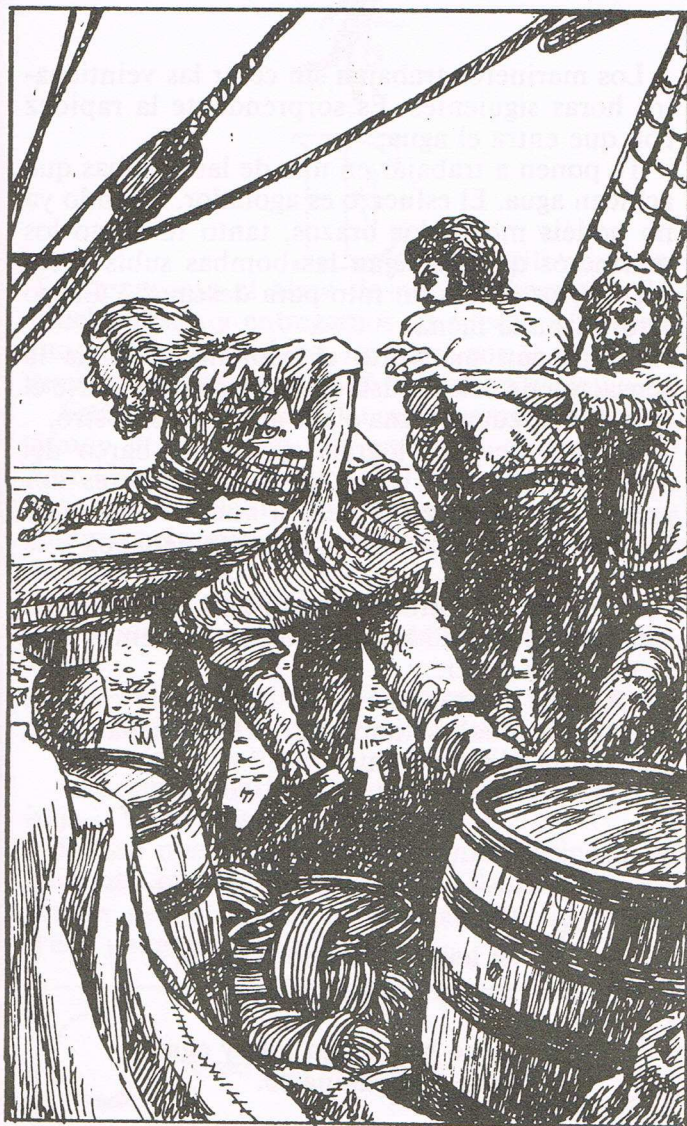
—Recoged las velas —ordena—. Hemos chocado con un arrecife de coral.

Un marinero suelta un aullido y corre hacia la borda para lanzarse al agua. Alguien lo sujeta.

—¡Suéltame! —grita—. ¡De ésta no saldremos con vida!

Te acercas a Banks, que está pálido.

—Probablemente, ese marinero tiene razón —comenta—. El coral tiene tanto filo que raja todo lo que roza con él. Cada vez que una ola sacude el barco, otro trozo del casco queda cortado.





Los marineros trabajan sin cesar las veinticuatro horas siguientes. Es sorprendente la rapidez con que entra el agua.

Te ponen a trabajar en una de las bombas que achican agua. El esfuerzo es agotador. Cuando ya no podéis mover los brazos, tanto tú como los marineros que manejan las bombas subís a cubierta y os echáis un rato para descansar. Luego retornáis a la faena.

En ningún momento el capitán Cook da la sensación de estar asustado. Incluso se permite el lujo de reír cuando una ola le abofetea el rostro.

Un día después lográis apartar el barco del arrecife de coral... pero la vía de agua es tan grande que la nave empieza a hundirse. Uno de los guardiamarinas toca el hombro de Cook y le dice:

—Capitán, en otro barco aprendí un modo de taponar las vías de agua. Pero necesitaremos gente que sepa coser.

—A estas alturas, más vale intentar lo que sea —responde Cook seriamente—. El que sepa coser, que dé un paso al frente.



Si has traído hilo y aguja,  
pasa a la página 71.



Si no has traído hilo y aguja,  
pasa a la página 43.



RECOMENDAMOS al Todopoderoso el alma de nuestro hermano Samuel Gibson y entregamos su cuerpo a las profundidades del océano. La tierra con la tierra, las cenizas con las cenizas, el polvo con el polvo.

Estás en otro barco. No sabes cómo se llama ni dónde se encuentra. Sin embargo, el destino de Sam Gibson está muy claro. Un grupo de marineros forma delante de un cadáver amortajado mientras el capitán lee en voz alta las plegarias de su devocionario.

El capitán se persigna.

—Señor, concédele el descanso eterno —murmura.

Los marineros bajan suavemente el cadáver, que se hunde con un ligero chapoteo.

Durante unos minutos reina el silencio.

—Adelante, marineros —dice el capitán en voz baja—. Volvamos al trabajo.

Puesto que Gibson murió como marinero, es evidente que nunca regresó a Tahití ni a los brazos de su amada. Abandona este lugar tan triste y regresa al *Endeavor*.



Pasa a la página 36.



**T**E encuentras frente a una casita de campo que da a un valle. A lo lejos, las ovejas salpican las colinas cubiertas de hierba y un labrador trabaja el campo que se extiende a tus pies.

Llamas a la puerta y una voz desafinada grita:

—¡Adelante!

Abres la pesada puerta y te asomas al interior. El fuego chisporrotea en la chimenea y delante, cómodamente envuelto en una manta, ves a un hombre muy anciano.

—Le agradecería... le agradecería que me dijera dónde me encuentro —pides.

—¡Santo cielo! Estás en Marton, Yorkshire —responde el anciano—. Soy James Cook.

—¿El capitán James Cook? —preguntas, desconcertado.

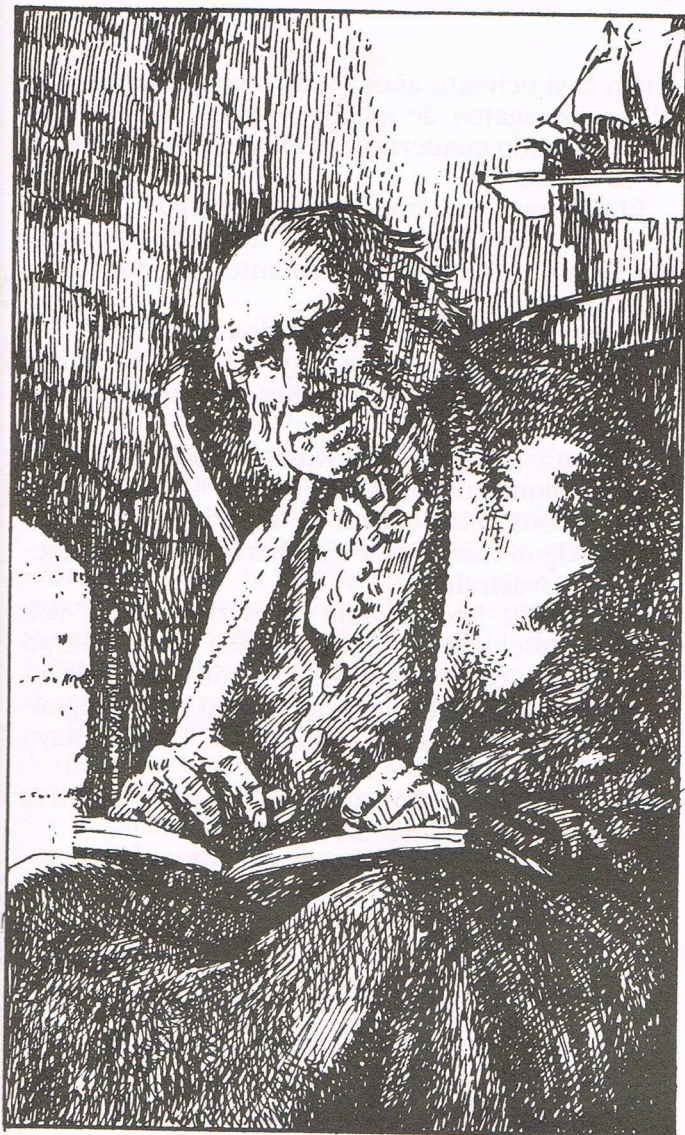
El viejo sonríe.

—¡No, no! Soy su padre. ¿Has oído hablar de mi hijo?

—¿Acaso no lo conoce el mundo entero? —inquieres.

El señor Cook suspira.

—Tienes razón, pero resulta muy difícil enterarse de sus andanzas si no sabes leer. Mírame,





tengo casi ochenta años y aún sigo luchando por distinguir «gato» de «pato» —señala con un mo-  
hín el gastado cuaderno de caligrafía que sostiene  
en el regazo.

El anciano hace una pausa y prosigue:

—Pero estoy absolutamente decidido a apren-  
der. Leeré todos esos diarios antes de morir.

¿Diarios?

—Dígame, señor, ¿a qué diarios se refiere?

—¡Pues a las notas de su viaje a Australia! Si has  
oído hablar de mi hijo, tienes que conocer sus  
diarios.

¡Tal vez contienen información sobre los pri-  
meros colonizadores!

—¿Le contó algo acerca de ese viaje? —pregun-  
tas—. ¿Algún marinero de su barco optó por que-  
darse en Australia?

—Pequeño, hace treinta años que no lo veo  
—responde el señor Cook—. Nunca tiene tiempo  
para venir a casa... no lo tiene desde que se hizo a  
la mar por primera vez. En cuanto a tu pregun-  
ta... ¡tal vez pueda responder en cuanto haya  
aprendido a leer!

El anciano ríe a mandíbula batiente. Tendrás  
que buscar tú mismo la respuesta.



**Regresa al *Endeavor* y prosigue  
la travesía.  
Pasa a la página 51.**



S

IGUES a Banks en  
medio de las altas hierbas y un minuto después lo  
oyes reír a mandíbula batiente.

—¡Aquí está el famoso demonio! —grita.

Llegas a su lado y también sueltas la carcajada.  
Dormido sobre la hierba, con las alas plegadas,  
reposa un enorme murciélago de pelaje pardo  
rojizo. A su lado se alza una pila de mangos  
aplastados. El murciélago abre un ojo soñoliento,  
te mira de arriba abajo y vuelve a dormirse.

—Creo que Marks se alegrará de saber que,  
después de todo, no es un hombre muerto —co-  
menta Banks—. Regresemos para decírselo. Luego  
me dedicaré a buscar al capitán. Creo que ha  
llegado el momento de conocer a algunos nativos.



**Pasa a la página 55.**





E

s el 17 de enero de 1770 y han pasado seis meses desde que abandonasteis Tahití. Cook, Banks, Tupia –un intérprete tahitiano– y tú estuvisteis explorando el bosquecillo de una cala de Nueva Zelanda. Es un lugar paradisíaco. Una cantidad increíble de pájaros revolotea a vuestro alrededor, gorjeando como carrillones. Más allá de la arboleda ves el resplandeciente Pacífico iluminado por el Sol. Delante de ti tiene lugar un espectáculo menos atractivo.

–¿Qué estáis comiendo?

Una familia de maoríes –nombre de los nativos de esta isla– se da un festín de carne cruda. Tienen los rostros manchados de sangre y varios huesos de gran tamaño yacen dispersos aquí y allá.

–¿Qué estáis comiendo? –Cook repite la pregunta.

Finalmente, uno de los hombres alza la mirada y, después de secarse la boca con el brazo, contesta:

–Hace cinco días, varios enemigos nuestros llegaron a la cala remando. Matamos a siete y éste es el último.





Los cuatro quedáis anonadados. Cook suelta una tosecilla y dice:

—En esta expedición debemos observar las costumbres de los nativos. Al fin y al cabo, ésta no es más que otra de ellas.

—Así es —interviene Banks—. No debemos olvidar que somos científicos.

Levanta meticulosamente uno de los huesos. Un maorí se lo arrebató y lo mordisquea juguetón. Te apartas y clavás la mirada en un árbol cercano.

—Tupia, sigue haciéndoles preguntas —pide Cook.

Tupia se adelanta e inquiere:

—¿Qué hacéis con las cabezas?

¡Ya está bien! Es posible que ellos sean científicos, pero tú no lo eres.

—Capitán, creo que volveré... quiero decir... creo que voy a pasar un rato en el barco —murmuras.

¡No te gusta nada pensar en lo que en esta isla podría ocurrirles a los colonizadores! Ha llegado el momento de franquear la barrera del tiempo otra vez y tienes que averiguar más cosas acerca de tu misión. ¿Debes seguir en esta expedición o volver a Inglaterra y dedicarte a investigar?



**Te quedas con la expedición.  
Pasa a la página 51.**



**Vas a Inglaterra a investigar.  
Pasa a la página 32.**



**E**

s el mes de julio de 1769. Llevas tres en Tahití.

Hace un mes —el 3 de junio— Venus pasó ante la faz del Sol. Cook y sus hombres construyeron un fortín de observación en la playa y el capitán logró contemplar con éxito la culminación... en cuanto recuperó el inapreciable cuadrante del barco, que los nativos habían sustraído de su tienda de campaña.

Una vez cumplidas las observaciones, ha llegado la hora de que el *Endeavor* suelte amarras. Los últimos días, todo el mundo ha corrido de aquí para allá a fin de ultimar los preparativos. Los carpinteros tienen que desmontar el fortín de observación para aprovechar los troncos como leña para el barco. Banks y su equipo deben terminar de recolectar ejemplares. Por orden del capitán, todos deben hacer acopio de la mayor cantidad de agua dulce que el barco pueda acarrear. ¡Incluso te ordena que acumules hierba!

Nadie quiere partir. La isla es tan hermosa, los nativos tan amistosos y el clima tan agradable que, por comparación, el barco parece una cárcel.



El tripulante más acongojado es Sam Gibson... el mismo hombre al que Cook obligó a permanecer a bordo por hablar irrespetuosamente de los tahitianos el día de la llegada.

—Me he enamorado de una chica —te confía pesaroso cuando sales a recoger frutos del árbol del pan—. Creo que no seré capaz de abandonarla.

Y no la abandona. Pocos días antes de que el *Endeavor* se haga a la mar, Cook descubre que Gibson y otro marinero han desertado.

Ningún tahitiano está dispuesto a decirle dónde se ocultan sus hombres.

—¡Ahora forman parte de nuestro pueblo! —exclama feliz un jefe sonriente.

Los dos marineros aparecen cuando Cook ordena que se tome como rehenes a varios jefes.

—Lo siento mucho, pero habrá que azotarlos —les informa el capitán—. No puedo permitir que los desertores queden impunes.

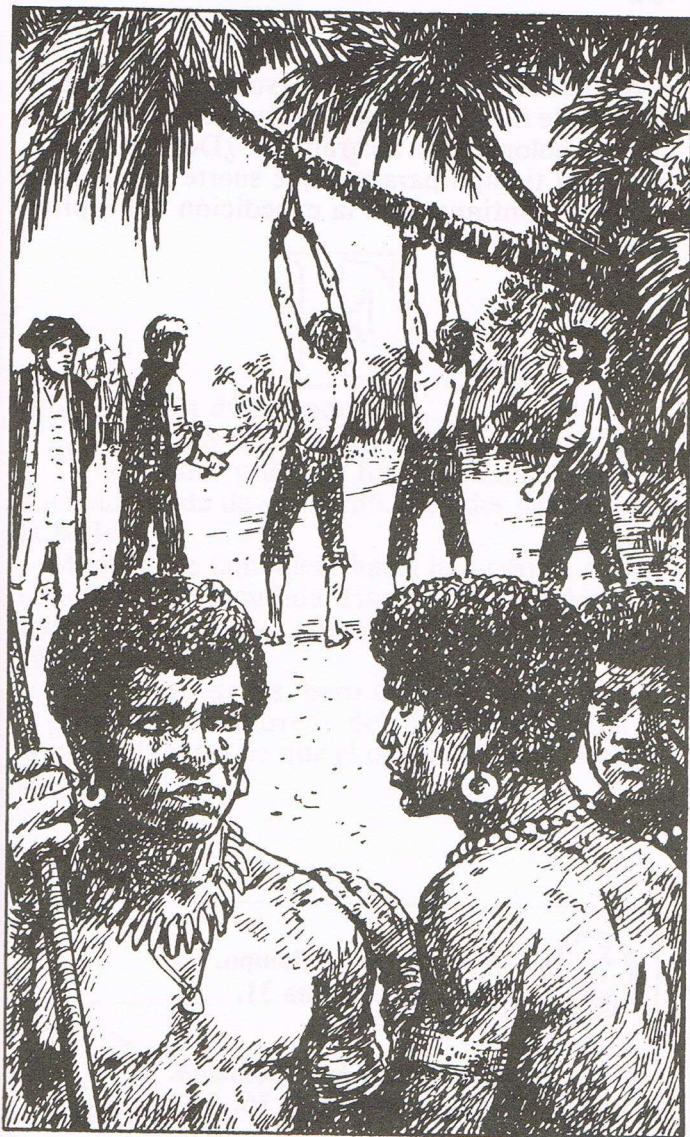
Al oír el primer chasquido del látigo, los tahitianos presentes estallan en sollozos.

—¡Basta, basta! —gritan, e intentan llevarse a rastras a los dos marineros.

Finalmente, Cook se ve obligado a interrumpir el castigo.

—Sabéis perfectamente que merecéis más azotes, pero no permitiré que los nativos se entristezcan por vuestra causa —suspira—. Temo que a partir de ahora nadie será autorizado para desembarcar.

Aunque tu estancia en Tahití ha sido muy divertida, no ha contribuido mucho a tu misión. Empero, cabe la posibilidad de que la desertión de Sam Gibson contenga una pista. Aunque ahora no ha podido desertar... es posible que en su





próximo intento tenga más suerte. ¡Tal vez lo intente de nuevo en Australia y se convierta en el primer colonizador australiano! ¿Deberías avanzar en el tiempo para ver qué suerte le espera, o deberías continuar con la expedición del capitán Cook?



**Avanzas en el tiempo.  
Pasa a la página 31.**



**Sigues con la expedición.  
Pasa a la página 36.**



**E**

**L Endeavor** sufre otra sacudida desgarradora.

—¡Quítate de en medio! —te grita un marinero.

Tiene razón, pues, al fin y al cabo, no estás haciendo nada de provecho. Decides descender a la bodega.

Mientras te tambaleas hacia la escotilla, el barco recibe otra sacudida. Haces esfuerzos desesperados por sujetarte... ¡pero saltas por la borda y caes al agua!

—¡Socorro! —gritas, pero nadie te oye.

¡Franquea la barrera del tiempo rumbo a la seguridad, antes de que el oleaje te aplaste contra los corales!



**Pasa a la página 39.**





NA vez más te encuentras en el Museo Británico, en esta ocasión en un pasillo que huele a humedad y está adornado con cuadros de temas científicos. Estás delante de la acuarela de un ornitorrinco de pico de pato –de aspecto algo rígido pero reconocible–, que bebe en una charca. La obra está fechada en 1810 y el pintor es J. W. Lewis.

¡Qué interesante! Esa fecha es treinta años posterior al viaje de Cook. Lewis parece un apellido británico. ¿Es posible que los británicos hayan colonizado Australia o todavía la estén explorando?

No tienes posibilidades de seguir meditando porque uno de los dos hombres que están a tu lado hace gestos tan grandilocuentes que te ves obligado a eludir sus codazos.

–¡Es un atropello! –protesta–. Estamos en 1820 y los científicos siguen creyendo que los ciudadanos somos tontos. No se les ocurre nada mejor que gastarnos una broma. ¿Piensan realmente que llegaremos a creer que semejante ser existe? ¿Acaso no saben que el Creador tiene cosas más importantes que hacer que inventarse semejante bicho deforme?

–Por lo que me han dicho, ahora sostienen además que pone huevos –apostilla su compañero–. ¡Un mamífero que pone huevos! ¿Crees que encontrarán pronto una sirena?

Ambos hombres se alejan mascullando entre dientes.

Sabes que van errados y quieres estar presente en el momento en que se demuestre fehacientemente que estaban equivocados. Aunque podrías aprovechar la oportunidad para preguntarles sobre la existencia de una posible colonia, prefieres seguir un poco más al ornitorrinco.



**Pasa a la página 49.**



**T**E vuelves de golpe cuando Banks grita:

—¡Cuidado! ¡Estás a punto de tropezar con un hormiguero!

A tus espaldas se alza un hormiguero de un metro ochenta de altura... y está coronado por una lagartija de lengua azul y actitud maliciosa.

—¡Atrápala! —grita Banks.

Aunque lo intentas, la lagartija se escabulle. Banks te mira desaprobador.

—Es un ejemplar que no tengo en mi colección.

Han pasado dos semanas desde que divisasteis Botany Bay. El *Endeavor* ha bordeado la costa hacia el norte y Banks lo ha aprovechado para desembarcar siempre que podía. El camarote del pobre capitán está atiborrado de hojas secas, esqueletos y apuntes, por lo que ya no hay lugar para sus cartas marinas. Has pasado tanto tiempo colaborando con Banks que no has tenido ocasión de dedicarte a tu misión.

En ese momento, el botánico ve algo que llama su atención y grita:

—¿Y eso qué es? ¡Mira! ¡Se trata de un conejo gigante! ¡Este continente tiene de todo!

En realidad es un canguro, pero esta vez te acuerdas de que será mejor no pronunciar su nombre. El canguro salta entre los matorrales. Banks está a punto de seguirlo cuando, de pronto, uno de los marineros chilla desafortadamente y corre hacia ti.





—¡Es el demonio! —grita—. ¡He visto al demonio! —se echa al suelo sollozando y se protege la cabeza con las manos.

Banks inclina la cabeza y pregunta, sin inmutarse:

—Marks, ¿qué aspecto tenía?

—Mi-mide alrededor de treinta centímetros y tiene grandes alas correosas. Está ahí, en medio de la hierba. ¡Sé que me ha mirado con su ojo de diablo! ¡Estoy condenado!

Marks se pone de pie de un salto y corre hacia la nave.

Banks te mira y comenta:

—Esta mañana está resultando muy interesante. Creo que me acercaré para echar un vistazo al «demonio». ¿Quieres acompañarme?

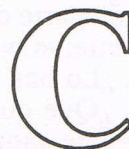
¡Por nada del mundo querías perder la oportunidad de conocer al demonio! Por otro lado, tal vez éste sea un buen momento para trabajar por tu cuenta y riesgo. En esta travesía, Banks ha sido tan amable contigo que sería muy positivo investigar para él... ¡y hasta es posible que, de paso, obtengas información que te ayude a coronar tu misión con éxito!



**Vas con Banks.  
Pasa a la página 35.**



**Franqueas la barrera del tiempo.  
Pasa a la página 44.**



**CORRE** 1884. A juzgar por el aspecto de la vegetación —y las hordas de moscas que se te meten en los ojos y la boca—, sabes que estás nuevamente en Australia. Te encuentras en la orilla de un riachuelo y a seis metros de distancia ves a un hombre que sostiene un ornitorrinco por la cola. Está muy entusiasmado y no repara en tu presencia. Te acercas y compruebas que su entusiasmo es tan grande que ni siquiera se pregunta cómo has llegado a un lugar tan remoto.

—¡Lo conseguí! ¡Finalmente abatí un ornitorrinco! —grita, y está a punto de ponerse a bailar de alegría.

—¡Lo abatí! —exclamas—. ¿Por qué?

El hombre te mira asombrado y replica:

—Soy naturalista. ¿Para qué otra cosa podía quererlo? Presta atención. Quiero que estés presente mientras lo abro. ¡Si estoy en lo cierto, serás testigo del descubrimiento científico más importante de la historia!

Parece que el hombre está absolutamente convencido de lo que dice. Esperas, desviando la mirada, mientras el naturalista disecciona rápidamente el ornitorrinco.



Súbitamente, suelta un grito triunfal:

—¡Un huevo! ¡Un huevo! ¡De modo que los ornitorrincos ponen huevos! ¡Tengo razón y esos necios de Inglaterra están equivocados! —Se vuelve hacia ti—. Aprende de memoria lo que te voy a decir. Quiero que envíes un cablegrama en mi nombre. Diles que es de parte de W. H. Caldwell. El mensaje es el siguiente: «Ovíparo monotrema, huevo meroblástico». ¿Lo has entendido?

—¡No! —respondes—. ¿Qué quiere decir?

—¡Es muy sencillo! Este monotrema, es decir, este mamífero inferior, pone huevos. Y el huevo es meroblástico. Eso significa que... espera un momento. Dime... ¿quién eres?

Vaya, vaya.

—Creo que no tendré tiempo de enviar ese cablegrama de su parte —dices.



**Corre a ocultarte detrás de un eucalipto y franquea la barrera del tiempo.**

**Pasa a la página 55.**



H

AN transcurrido tres meses desde que abandonaste Nueva Zelanda. Es el 29 de abril y por fin el *Endeavor* ha llegado a su destino: la costa sudeste de Australia. El barco se abre paso lentamente hacia una bahía protegida mientras Cook busca el mejor sitio para fondear. Divisas la arena blanca de la playa, los árboles nudosos y verdegrises del fondo y...

—¡Mire, señor! ¡Esos deben de ser los nativos! —exclamas.

Un grupo de individuos trabaja en la playa. A medida que el barco se acerca, ves que su piel es oscura y que se han pintado con gruesas rayas rojas y blancas. Están pescando con arpón. No os hacen el menor caso. El barco, algo que hasta entonces ninguno de ellos había visto, se aproxima cada vez más, chasqueando las maromas y con las velas blancas deslizándose bajo el sol abrasador... pero es como si no existiera.

Es muy extraño que no reparen en vuestra presencia.



—¿Nos habremos vuelto invisibles? —pregunta uno de los marineros y ríe sin ganas, pero nadie celebra su broma.

El *Endeavor* se desliza hacia la playa. Cuatro pescadores pasan a vuestro lado, llevan sus canoas a la orilla y se dedican a cocinar sus capturas sin siquiera miraros.

—Al menos podremos desembarcar sin dificultades —opina el capitán Cook.

Está equivocado. Después de todo, han reparado en vuestra presencia. En cuanto los botes de remo descienden del barco al agua —Cook, Banks y tú ocupáis el primero—, los aborígenes se internan en el bosque. En la playa sólo quedan dos hombres. Cuando tu bote se acerca a la orilla, los hombres se aproximan coléricos. El primero esgrime un enorme arpón y el segundo un arma que súbitamente arroja hacia vosotros.

—¡Al suelo! —gritas mientras el arma zumba a tu lado y regresa a la mano extendida del nativo.

Cook lo contempla azorado.

—¿Qué demonios es ese instrumento? —inquire.

—Es un bumerán, señor —respondes.

Cook te mira con ojos desorbitados.

—¿Qué...? ¿Cómo lo has llamado?

¡Caray! Habías olvidado que estás en el siglo XVIII. ¡Se supone que, fuera de Australia, nadie saben qué es un bumerán!

—Bueno, se llame como se llame, tenemos que desembarcar —dice Cook y escudriña la playa en busca del lugar más adecuado—. Aunque es algo que detesto, será mejor que hagamos un disparo de mosquete al aire para espantarlos.

Al oír los disparos, los dos individuos se pierden en el bosque.





—Creo que ha dado resultado —comenta Cook, pesaroso.

Un par de horas más tarde todos habéis desembarcado. Los tripulantes están desenfrenadamente entusiasmados, tal vez porque han permanecido demasiado tiempo a bordo.

—Este terreno es perfecto para cultivar las mismas variedades que en Inglaterra —se regocija el capitán—. Aquí, cualquiera puede prosperar.

Banks está incluso más entusiasmado que Cook y grita:

—¡Es el paraíso! ¡Es el sueño de un botánico hecho realidad!

Cook le dedica una sonrisa y añade:

—En ese caso, llamaremos a esa bahía Botany Bay.



Pasa a la página 46.



# H

AN transcurrido veinticuatro horas desde que el marinero Marks divisó al «demonio». El capitán Cook y el señor Banks han decidido pasar el día visitando a los nativos de la zona, y los acompañarás a fin de tomar notas para el científico.

A un kilómetro y medio de la nave encontráis varias chozas erigidas con trozos de corteza de árbol. Delante de una de las viviendas hay una hoguera aún humeante y entre las brasas se cuecen mejillones... pero nadie se ocupa del fuego. ¿Acaso murmura alguien entre los eucaliptos? Esa es tu impresión, pero cuando te vuelves para mirar, el sonido desaparece.

—¿Nos están vigilando? —susurra Cook—. Propongo que entremos en una de las chozas.

Es una morada muy sencilla: en el suelo se ven unos pocos cacharros y contra una pared se apila un montón de arpones, cada uno de unos tres metros de alto, coronados por una contera de espina de pescado y cubiertos por una sustancia verde y pegajosa. Ninguno de vosotros se ofrece para averiguar qué es. En un rincón de la choza hay un escudo de corteza y en otro una pequeña pila de cuentas cubiertas de polvo.

—¡Yo les regalé esas cuentas! —exclama Cook, que parece sentirse decepcionado—. La próxima vez tendré que buscar un regalo que les guste más.



Estás observando algo más.

—¿Qué hay detrás de aquel escudo? —preguntas—. Parece que se mueve.

Es indudable que se mueve: sube y baja, sube y baja. Cook se acerca y lo levanta. Agazapados y tapándose los ojos con las manos, aparecen dos chiquillos aborígenes que tiemblan de la cabeza a los pies.

—No los asustemos —propone Cook.

El capitán palmea el hombro de uno de los críos y, con delicadeza, vuelve a taparlos con el escudo. Saca del bolsillo un trozo de cinta de vivo color y la deposita junto al escudo.

—Tal vez les sirva para jugar —comenta mientras salís de la choza. Una vez afuera, Cook añade—: Será mejor que volvamos al barco. Los nativos parecen demasiado tímidos para entablar amistad... al menos por ahora. No tiene sentido asustarlos innecesariamente. No los obliguemos a hablar con nosotros.

Como eres un viajero a través del tiempo, puedes hablar con los nativos sin necesidad de intérprete. Podrías preguntarles si han visto nuevos colonizadores. Tal vez sea mejor que franquees la barrera del tiempo y vayas a un lugar en el que puedas hablar sin que nadie te oiga.



**Vas a un sitio en el que puedes hablar libremente**  
**Pasa a la página 58.**



**Vuelves al barco con Cook y Banks.**  
**Pasa a la página 28.**



**N**

O has traído la bolsa de caramelos y el muchacho está demasiado asustado para acercarse. Se aleja lentamente, sin quitarte la vista de encima. Luego da media vuelta y echa a correr.

Tú también te vuelves... y tropiezas con un hormiguero. En el acto salen raudales de hormigas que pican. ¡Desaparece de aquí antes de que cubran tu cuerpo!



**Pasa a la página 46.**





# E

STÁS en pleno corazón del territorio. A tu alrededor divisas arenas y piedras rojizas... y el Sol, que azota implacable desde un cielo intensísimo. Llevas mucho tiempo caminando y estás exhausto. Súbitamente, tropiezas y caes de bruces.

En medio de la bruma, ves delante de ti unos pies desnudos. Levantas la cabeza y te encuentras frente a un muchacho aborigen.

Sus ojos están rodeados por círculos de pintura blanca y tiene rayas del mismo color en la nariz, el pecho y los brazos. Un trozo de hueso cruza su nariz. Te mira como si acabaras de caer del cielo.

—¡Ayúdame! —gimes.

El muchacho retrocede aterrorizado. ¿Tiene tanto miedo que no es capaz de acercarse a ti?

Si has traído la bolsa de caramelos, tal vez puedas entablar amistad con él.



Si no has traído los caramelos,  
pasa a la página 57.



Si has traído los caramelos,  
pasa a la página 62.





C

ORRE el año 1792.

Estás en una aldea aborígen... mejor dicho, en lo que queda de ella. A tu alrededor están desperdigados los cadáveres de los nativos. Algunos yacen boca abajo, tal como han caído. Otros se apoyan en las rocas, como si estuvieran agotados. Y otros están sentados con las cabezas apoyadas en las rodillas, paralizados definitivamente en su desesperación.

Caminas lentamente, casi temeroso de encontrar a alguien que aún siga con vida.

Las chozas han enmudecido. Un perro se arrastra hacia ti y luego se aleja gimiendo. Te armas de valor para contemplar de cerca un cadáver. La piel picada te permite saber qué ha ocurrido.

¡Viruela! ¡Toda la aldea ha muerto a causa de la viruela!

Eso significa que los colonizadores han pasado por aquí, pues la viruela es una enfermedad que los europeos trasladaron a las colonias. Ya no podrás averiguar cuándo visitaron este lugar.

Acongojado, retornas al barco.



Pasa a la página 28.







RITAS roncamente

al muchacho:

—¡Espera! ¡Tengo un regalo para ti!

Buscas en el bolsillo hasta encontrar la bolsa de caramelos. El chico se acerca y, desconfiado, acepta la bolsa. La agita, mira los caramelos que contiene la bolsa de plástico y te observa desconcertado.

—Son para comer —explicas—. Espera, te enseñaré cómo se hace.

Pinchas la bolsa de plástico, quitas la envoltura a un caramelo y se lo das.

El aborigen da un mordisco de prueba... y arroja el caramelo a la arena.

—¡Es tan dulce que me quema la garganta! —dice, y hace una mueca.

Parece que ya no te teme. Quizá puedas hacerle algunas preguntas... pero antes tendrías que beber algo.

—¿Tienes agua? —inquieres.

El muchacho separa una calabaza del cordel que cuelga de su cintura y te la entrega. Aunque el agua que contiene está tibia y sabe amarga, nunca en tu vida algo te había resultado tan delicioso.

—Me llamo Arabanoo —se presenta el muchacho—. ¿Eres un visitante del Sagrado Pasado?

—Digamos que sí —replicas—. Estoy buscando a mi gente. ¿Has visto por aquí a otras personas vestidas como yo?

Arabanoo mira a tu alrededor.

—No, aquí no hay nadie.

—Bueno, no me refiero a aquí mismo. Estoy hablando de tu país. ¿Viven aquí personas vestidas como yo?

—Nunca había visto a alguien como tú —replica Arabanoo.

Suspiras. El aborigen no ha visto a ningún occidental. Tal vez tú has llegado demasiado pronto.

—¿Toda tu gente come esas cosas? —pregunta Arabanoo.

Sonríes. ¡Si es demasiado pronto para que haya colonizadores, también lo es para porquerías dañinas como los caramelos!

—La mayoría de nosotros las tomamos en exceso —respondes—. Arabanoo, tengo que irme. Muchas gracias por el agua.

Das media vuelta y te alejas hasta encontrar un sitio que te permite franquear la barrera del tiempo. Tal vez deberías avanzar algunos años y hacer la misma pregunta a los aborígenes de esa época.



Vas a 1792.

Pasa a la página 60.





# H

AS vuelto al muelle de Deptford, Inglaterra. Corre 1772 y, una vez más, el puerto bulle de actividad. El barco anclado a poca distancia parece flamante. Debieron de considerar que el pobre y viejo *Endeavor* estaba demasiado estropeado para un nuevo viaje.

¡Allí están, otra vez, el capitán Cook y Banks! Caminas impaciente hacia ellos pero, a medida que te acercas, aminoras el paso. Notas que están discutiendo acaloradamente.

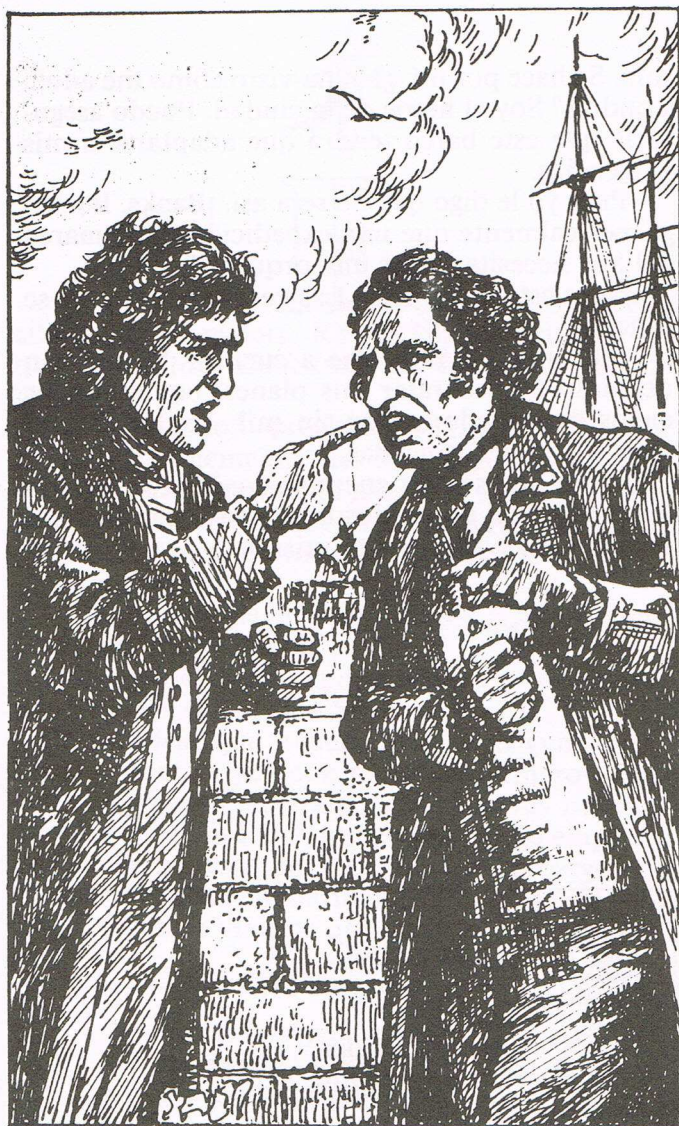
Banks es el que más habla... mejor dicho, el que más grita.

—¿Qué significa que no se hará a la mar? —chilla en plena cara de Cook.

—Lo que acabo de decir, Joseph. Los cambios que pidió han vuelto demasiado pesado el barco. Ni siquiera se puede caminar por cubierta sin que la nave cabecee. Todo el espacio adicional para dormir que requirió para su equipo, ello sin hablar del espacio adicional de almacenamiento... lo siento mucho, pero habrá que quitarlo.

Banks suelta sapos y culebras. Resulta difícil creer que en otros tiempos Cook y él fueron amigos.

—Señor Cook, le diré una cosa. Esta travesía es





mía. Se hace por mí. ¿No ha visto cómo me adula Londres? Soy el héroe de la ciudad. Puedo asegurarle que este barco tendrá que adaptarse a mis exigencias.

—Pues yo le digo que no será así. ¡Banks, Banks! ¿Cree realmente que una expedición a los mares del Sur necesita llevar una orquesta?

Banks está fuera de sí. Las venas de su frente se hinchan.

—¡La orquesta no viene a cuento! ¡Si está tan decidido a desbaratar mis planes, por todos los cielos que puede zarpar sin mí! —exclama, y se aleja a grandes zancadas.

Parece que se han enemistado. Te convendría averiguar cuál de los dos tiene más posibilidades de ayudarte a cumplir tu misión.



**Sigues a Cook.**  
**Pasa a la página 68.**



**Sigues a Banks.**  
**Pasa a la página 72.**



**E**STÁS en otro museo, situado en Newport, Rhode Island. Estudias lo que queda del *Endeavor*: un fragmento de la popa.

—¿Eso es todo? —preguntas a la guía.

—Lamentablemente, así es —la guía meneaba la cabeza—. ¡Es increíble! El *Endeavor* fue la primera nave que el capitán Cook llevó a Australia. Cabe pensar que podrían haberla conservado mejor.

Un momento...

—¿La primera nave? —inquieres—. ¿Quiere decir que hubo otros barcos?

—Por supuesto. El capitán realizó una segunda travesía por el Pacífico Sur.

Convendría que hicieras más averiguaciones. En el primer viaje Cook no dejó marineros para que colonizaran Australia; viste con tus propios ojos que estaban todos presentes cuando emprendieron la travesía de regreso. Sin embargo, es posible que algunos marineros de los que realizaron el segundo viaje se quedaran en aquellas tierras.



**Vas a la segunda travesía**  
**del capitán Cook.**  
**Pasa a la página 64.**





E

s el 8 de enero de 1776. La tarde es fría, húmeda y gris. Unas pocas gotas de lluvia salpican los adoquines de la sede del Almirantazgo en Londres y el viento gime en las esquinas del impresionante edificio conocido como Admiralty House.

Mientras saltas, pasando el peso del cuerpo de un pie a otro para eludir el frío, un carruaje se detiene con estrépito y de él desciende un hombre elegantemente vestido. Luce levita azul bordada de oro, chaleco de raso blanco y calzones blancos, y lleva en la mano un sombrero de tres picos. Es el capitán Cook... ¡pero su aspecto es muy distinto al que tenía la última vez que lo viste!

—¡Capitán! —gritas.

Cook se vuelve y te observa en medio de la penumbra.

—Vaya, el ayudante de Banks —comenta—. Te recuerdo del *Endeavor*. ¡Muchacho, no has cambiado un ápice! ¿Qué te trae esta noche por aquí?

—A decir verdad, lo estaba buscando —replicas—. Quiero hacerle una pregunta: ¿dejó algún





colonizador en Australia a su regreso del segundo viaje?

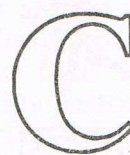
—¿Colonizadores en Australia? —Cook te mira asombrado—. Amigo mío, Inglaterra ya tiene bastantes problemas con sus colonias americanas. ¡Lo último que se le ocurriría pensar al rey Jorge es en crear una nueva colonia en la otra mitad del mundo! Aunque no sé qué ocurrirá cuando podamos resolver nuestros problemas en América... —Te da una palmadita en el hombro—. Tendrás que disculparme. Esta noche ceno con el contraalmirante. Tengo la sospecha de que me pedirá que mande otra expedición. ¿Te gustaría participar en la exploración del Paso del Noroeste?

—Parece muy interesante, pero estoy ocupado con mi propia expedición —respondes.

Es evidente que la colonia australiana —y el primer colonizador— pertenece al futuro. Tendrás que proseguir tu búsqueda en otra parte.



Pasa a la página 72.



APITÁN, estoy seguro de que yo puedo ser muy útil —dices.

La sugerencia del guardiamarina Monkhouse parece muy viable. En compañía de cinco marineros, coses puñados de lana de cáñamo a una vela adicional. Luego extiendes sobre la lana excrementos de oveja —afortunadamente, hay varios ejemplares a bordo— y alquitrán. Es una tarea desagradable, pero finalmente la vela queda calafateada.

—Ahora hay que atar maromas en las esquinas de la vela y colocarla bajo el casco de la nave —dice Monkhouse—. ¡Cuidado! Seguid tirando hasta que llegue a la vía de agua... ¡ya está! ¡Dios sea loado!

La vela se ha encajado en el enorme agujero. ¡La vía de agua queda taponada! Sólo entra un hilillo cada vez más débil de agua y, al final, nada. ¡El *Endeavor* está a salvo!

—¡Jovencito, has trabajado como el mejor! —Monkhouse te palmea el hombro—. Es un barco espléndido. Me gustaría saber qué será de él.

Quizá debas averiguarlo. En este momento necesitas todas las pistas posibles que te ayuden a cumplir con éxito la misión.



Vas al presente.  
Pasa a la página 67.





**CORRE** 1779. Estás en la parte posterior de una estancia con paredes forradas de roble en la Cámara de los Comunes. A tu alrededor, las cabezas empolvadas de los miembros del Parlamento se balancean y se mecen. Es media tarde... ¡y todo el mundo dormita!

Pero tú estás totalmente despierto. El orador que se dirige a la cámara es el mismísimo Joseph Banks. Aunque ha engordado desde la última vez que lo viste, todavía habla y gesticula con entusiasmo... si bien hoy se muestra mucho más amable.

—Señorías, en cuanto hayáis evaluado mi propuesta, descubriréis sus méritos. Os digo lo siguiente: Inglaterra está sucumbiendo bajo el peso de su población penal. ¡A menos que nos librems de los peores elementos de nuestra sociedad, la civilización británica perecerá! ¿Hay mejor solución para este problema que deportar definitivamente en barco a los condenados, a fin de que dejen de manchar nuestro suelo? ¿Y hay mejor lugar al que enviarlos que Botany Bay, en Australia?

¿Enviar condenados a Australia? ¡Entonces ellos serán los primeros colonizadores!

—A miles de kilómetros de distancia —prosigue Banks—. Las tierras son tan fértiles que cualquier

ra puede prosperar allí. Es verdad que hay nativos, pero tan débiles y cobardes que podremos aplastar fácilmente todo intento de rebelión. Abunda la pesca. Hay pastos buenos y exuberantes para alimentar a las vacas y las ovejas británicas. Sobran el agua y la madera. Pensad en el dinero que pueden producir los convictos: ¡mano de obra barata para cosechar las riquezas de un continente más grande que toda Europa!

Banks hace una pausa, como si esperara que lo aplaudieran. La única respuesta es el ronquido del hombre que está a tu lado. Por fin, alguien situado delante se pone en pie y dice:

—Muchas gracias, señor Banks. Le aseguro que todos coincidimos en que es una propuesta interesante y la tendremos en cuenta.

Oyes que el hombre masculla en voz baja: «Pero el rey Jorge jamás la aceptará». ¿Por qué motivos el monarca no está dispuesto a aprobar la idea de Banks? Puedes ir al Palacio de Buckingham y averiguarlo.



**Pasa a la página 76.**



MIRAS hacia atrás cuando oyes que alguien grita:

—¡Detened al ladrón! ¡Detened al ratero que acaba de robarme una hogaza de pan recién horneado!

Indudablemente, el buhonero rubicundo y el grupúsculo de individuos que le secunda acortan cada vez más las distancias.

Es el mes de junio de 1784 y deambulas por las callejuelas de Londres. Calculaste que el modo más sencillo de convertirte en presidiario era robando algo y elegiste al vendedor ambulante cuyas mercancías estaban en peor estado.

¡Ay! Te concentraste tanto en mirar a tus perseguidores que no reparaste en la farola de hierro que se cruzó en tu camino. Chocas violentamente y caes al suelo encharcado. Te alcanzan en un santiamén.

Estás metido en un buen lío. No puedes franquear la barrera del tiempo delante de tanta gente. Al final, el buhonero te sujeta y te obliga a ponerte de pie.

—De modo que pretendías robarme, ¿no? —se burla—. ¡Espero que disfrutes de tu nuevo hogar en la cárcel, ladronzuelo!



Pasa a la página 81.







**E**

s el año 1783. ¡Has aparecido detrás de unos cortinajes de terciopelo que producen comezón y haces todo lo posible para no estornudar! A un metro y medio, oyes los taconazos de alguien que se desplaza de un lado a otro. Ahora, esa misma persona habla:

—Billings, vuelve a leer mi carta a lord North. ¿Qué he dicho hasta ahora?

—Majestad —responde el invisible Billings—, la última frase dice lo siguiente: «Sin lugar a dudas, los americanos no pueden esperar ni recibirán el menor favor de mi parte, pero ciertamente accederé permitirles que obtengan hombres indignos de permanecer en esta isla».

El rey vuelve a hablar:

—¿Crees que está claro?

—Estoy convencido, Majestad. Estáis diciendo que América jamás recibirá un favor de vos, pero que estáis dispuesto a permitir que nuestros presidiarios sean embarcados hacia esas tierras. Majestad, ¿qué ocurrirá si América se niega a aceptar a nuestros convictos? Si realmente es un nuevo país, ¿querrá recibir delincuentes ingleses?

El rey se exalta:

—¡Deberían ponerse de rodillas y agradecerme que les enviemos algo! —Camina furioso de un extremo a otro de la estancia—. ¡En cuanto gane-

mos esta condenada guerra de la Independencia, les enviaremos hasta nuestro último asesino y ratero!

¿En cuanto Inglaterra gane la guerra de la Independencia? ¡Pues ésa es una guerra que Inglaterra no ganará nunca! Aunque el rey Jorge lo ignora, ya no podrá deportar más condenados a Estados Unidos.

Seguramente, el problema de los convictos británicos contiene una parte de la solución de tu misión. ¿Cuál es el mejor modo de averiguar más datos?

Joseph Banks pronunció el discurso ante los Comunes hace cuatro años. Desde entonces no ha corrido mucha agua bajo los puentes. Quizá lo mejor sea avanzar unos años más y comprobar si el Gobierno británico está más próximo a una solución.

También podrías dar un paso más arriesgado: intentar convertirte en convicto.



**Te conviertes en convicto.  
Pasa a la página 74.**



**Avanzas algunos años.  
Pasa a la página 86.**



C

ORRE el mes de enero de 1787 y estás en Portsmouth, Inglaterra. Cae la tarde y sopla un viento gélido. Las calles están extrañamente vacías. ¿Dónde se ha metido la gente? En el puerto hay una flota de barcos —supones que para trasladar a los desterrados—, pero el agua presenta un aspecto tan lóbrego y gris que no tienes ganas de abandonar las calles secas. Decides buscar una tienda o una taberna en la que entrar en calor. Divisas un café pequeño y protegido y te encaminas hacia allí.

A medida que te acercas, los postigos del café se cierran. Tal vez ha llegado ya la hora de cierre. Al lado hay una botica en la que podrías entrar... pero, en cuanto te aproximas, los postigos también se cierran a cal y canto. ¿Qué pasa?

Sorprendido, te detienes en medio de la calle. Una mujer que lleva una cesta con la colada doblada camina en tu dirección. Nada más verte, retrocede lentamente. La mujer tropieza y la ropa limpia se desparrama sobre los adoquines.

—¡Oh, Señor, ayúdame! —murmura y guarda frenéticamente la ropa en la cesta. Te acercas para echarle una mano. Te mira asustada y grita: —¡Oh, no... no, muchas gracias! ¡Eres... eres muy amable, pero puedo hacerlo sola! ¡Claro que sí!

—¿Qué pasa aquí? —quieres saber—. ¡Sólo pretendía ayudarla! ¿Por qué todos me eluden?

—¿No eres... no eres uno de ellos? —pregunta la mujer.

—¿Cómo dice? ¡Acabo de llegar!

La mujer suspira aliviada.





—En ese caso, discúlpame. ¿No sabes nada de los peligrosos delincuentes que están en la ciudad?

Decides no darte por enterado.

—¿Qué delincuentes?

—¡Me refiero a los barcos fondeados en el puerto! ¡Están llenos de asquerosos delincuentes que serán trasladados a Australia para fundar una nueva colonia! Llevan semanas aquí. ¡Nadie está a salvo en Portsmouth! Ya no confiamos en los forasteros —explica la lavandera—. No volverá a ser un lugar seguro... hasta que esas bestias desaparezcan para siempre. Chico, no deberías deambular por las calles. ¿Tienes algún sitio adónde ir?

Buena pregunta: ¿tienes adónde ir? Podrías dirigirte a los barcos —por supuesto, en un momento en que tu nueva amiga no pueda verte— e intentar hablar con los presidiarios. ¡Tal vez uno de ellos se convierta en el primer colonizador! También podrías franquear la barrera del tiempo, reunirte con el comandante de la flota y escuchar lo que dice sobre los penados.



**Visitas los barcos de presidiarios fondeados en el puerto.**  
Pasa a la página 90.



**Te reúnes con el comandante de la flota.**  
Pasa a la página 95.



**V**UELVES a estar a bordo de una nave, pero ésta no se dirige a lugar alguno.

Por robar una hogaza de pan te han encarcelado en una carraca: un enorme y destartado buque de guerra fondeado en el Támesis. Como en Inglaterra no hay sitio suficiente para encarcelar a todos los condenados, el excedente se apiña en las carracas.

Te encuentras en el lugar más horrible que has visto en tu vida. Durante el día, los demás presidiarios y tú dragáis fango en los puertos. Por la noche regresas, sucio y aterido, y duermes vestido sobre un montón de paja enmohecida, a bordo de la carraca.

Estos barcos albergan a todo tipo de presos: desde los asesinos más viles hasta deudores a los que sólo les faltaba pagar unas pocas libras. La enfermedad y el abandono acaban diariamente con decenas de personas. Es espeluznante la violencia que se desata en estos viejos barcos. Hay varios presos más jóvenes que tú.

No podrás soportar mucho más. Esta situación no contribuye a tu misión y tienes grandes posibilidades de enfermar en muy corto plazo.



Una noche que permances desvelado en la oscuridad tomas la decisión de irte. Quizás el Gobierno británico haya optado por embarcar convictos rumbo a Australia. Existen dos maneras de averiguarlo. Puedes ir a un juzgado y ser testigo de una sentencia, o puedes dejar atrás tu vida delictiva y empezar de nuevo.



**Vas a un palacio de justicia.  
Pasa a la página 86.**



**Empiezas de nuevo.  
Pasa a la página 64.**



**ESTO** es peor que las carracas! —exclamas.

James Ruse te ha llevado a la bodega. Es espantoso pensar que los hombres encarcelados bajo cubierta vivirán mucho tiempo en esas condiciones.

Cerca de la escotilla —la escala que conduce a cubierta— hay una franja libre de dos metros y medio de anchura. Además del pasillo entre las literas, es el único espacio de que disponen los presidiarios para comer y caminar. El resto está ocupado por literas, tan bajas que los presos no pueden ponerse en pie. ¡Y qué olor! Tienes que taparte la nariz con las manos para aguantar las náuseas.

—El olor es el del agua de la sentina —explica Ruse—. Sólo es agua salada, pero se torna tan ácida que puede enfermar a cualquiera. Los botones de los uniformes de los oficiales se empañan cada vez que bajan a la bodega. Queman alquitrán para purificar el aire, pero no sirve de mucho.

Miras a tu alrededor y súbitamente unas manos asoman a través de los barrotes y te sujetan por la camisa.

—¿Has bajado a ver las bestias? —gruñe una voz junto a tu oído.





Te sueltas y te vuelves para mirar a un hombre flaco y de rostro lobuno que te observa ferozmente a través de los barrotes de la celda.

—Estoy buscando a un preso —respondes.

Ya no te queda valor para conocer a otros convictos. Es posible que alguno sea el colonizador que buscas, pero no tienes modo de averiguarlo. El barco sigue fondeado en Inglaterra y esos hombres son demasiado desdichados para que puedas hacerte una idea del tipo de colonizadores en que se convertirán. Tendrás que reunirte nuevamente con ellos en Australia.

El hombre lobuno empieza a cantar:

Mataré a los tiranos uno tras otro  
y abatiré a los que nos azotan,  
daré una buena sorpresa a la ley...

Recordad mis palabras:

se arrepentirán de haber enviado a Tom  
Shrike, encadenado, a Botany Bay.

De pronto el barco se estremece y una ola entra por una de las portillas. Pierdes el equilibrio y el ímpetu del agua arranca de sus literas a varios presidiarios. En medio de la confusión y los improperios, nadie te hace el menor caso.



Vas a Botany Bay.  
Pasa a la página 92.



**E**s el mes de agosto de 1786. Has llegado a un tribunal de Londres. En la sala no cabe un alfiler: los delincuentes se apiñan delante del juez y los espectadores se apretujan en los bancos. Hace un calor asfixiante y el olor es atroz. Encuentras sitio en el extremo de un banco y tomas asiento.

Es casi como asistir a una representación teatral. Un hombre que parece rondar los veinte años se arrastra delante del juez. Las lágrimas ruedan por sus mejillas y eleva las manos implorantes.

—¡Es verdad, es verdad! —gime—. Apuñalé a Bill Simpkins. ¡Pongo a Dios por testigo de mi arrepentimiento! ¡Qué el Señor me perdone ante las puertas del cielo! Sé que de aquí no saldrá nada bueno para mí. Señoría, sólo merezco la horca... y espero que me cuelguen. ¡Sólo así podré ver cara a cara al Creador!

El juez está visiblemente conmovido. Carraspea y dice:

—Así es. Has cometido un acto execrable, pero tu corazón parece dominado por el auténtico arrepentimiento. Te condeno a dos años de trabajos forzados.

—Una condena muy benigna —comenta el hombre sentado a tu lado—. Hace algún tiempo, una niña de once años fue desterrada por vestirse de varón.

Se llevan al hombre recién condenado. Tiene las manos cruzadas como si rezara, pero te parece percibir un brillo de triunfo en su mirada. Acercan a otro hombre al estrado.





—Señoría, no es posible que me castigue más de lo que yo mismo me castigo —declara—. ¡Todos los días, al despertar, pido clemencia al Señor! —solloza teatralmente.

—Hombre, ¿qué has hecho? —pregunta el juez amablemente.

—Incendí la casa de mi vecino.

—¿Qué hizo para merecerlo?

—Le guiñó el ojo a mi esposa. ¡Ay, Señoría, aunque entonces sólo pensé en los Diez Mandamientos, sé que actué mal!

Estás convencido de que el juez no será indulgente por segunda vez... ¡pero vuelve a apiadarse! Este hombre también se va con una condena breve. A punto de abandonar la sala, el condenado levanta el puño, exultante. Por suerte para él, el juez no lo ve, ya que concentra su atención en el tercer caso.

Este joven es distinto a los anteriores. Va bien vestido, tiene aspecto solemne y mira cara a cara al magistrado.

—¿Qué delito has cometido? —inquire el juez.

—Señor, se me acusa de robar un hervidor.

—¿Y te declaras culpable o inocente?

—Inocente.

—¡Inocente!

El juez se muestra sorprendido... y disgustado.

—Señoría, soy inocente. ¿Debo confesar un delito que no cometí?

—¡Joven, deberías tener la hombría de hacer frente a tus pecados! ¿Eres demasiado cobarde para reconocer tu delito?

—Señoría...

—¡No quiero saber nada más! ¡Indudablemente, eres culpable! Robar es un delito por el que pue-

des ser deportado. Te condeno al destierro a Australia. ¡De por vida!

—¡Seré deportado! —exclama el hombre—. ¡Me castiga por no declararme culpable!

—¡Desaparece de mi vista! —ordena el juez con tono severo.

El hombre sentado a tu lado comenta en voz baja:

—¡Lo deportarán! Será uno de los primeros en ir a Botany Bay... y todo por ser inocente.

Es evidente que el Gobierno británico ya ha empezado a desterrar convictos a Australia. Has averiguado lo que querías... y presenciado una faceta del sistema judicial que lamentas haber conocido.

Decides buscar un rincón donde franquear la barrera del tiempo. ¡Los presidiarios pronto partirán para Australia y el primer colonizador puede estar entre ellos!



**Busca a los primeros condenados que partieron rumbo a Australia. Pasa a la página 78.**





N hombre canta:

Todos los que estáis en Inglaterra,  
y vivís en casa en paz,  
sabed por nosotros, pobres diablos,  
que estamos obligados a cruzar los mares,  
que estamos obligados a cruzar los mares,  
a mezclarnos con los salvajes,  
a dejar amigos y familia  
para trabajar con la azada.

El que canta está sentado a tres metros de ti.  
-Es una canción muy bonita -comentas, y aparesces detrás de un bote salvavidas.

El hombre se sobresalta.

-¡Es un chiquillo! -exclama, y te observa con interés-. No eres de los nuestros. ¿Qué haces aquí? ¿Buscas a tu padre?

Aceptas encantado la sugerencia.

-Sí, busco a mi padre -respondes-. Se llama... se llama... ah, sí, Babe Ruth.

Es el primer nombre que cruza tu mente.

-¿Babe Ruth? Jamás lo oí mentar.

El hombre se levanta, hace una mueca de dolor y en ese momento reparas en los grilletes que rodean sus tobillos.

-Pobre chiquillo, perderás a tu padre, ya que tiene que ir a Botany Bay... No me extraña que quieras verlo por última vez. Te guiaré en el buque y así podrás buscarlo. ¡Pero no te apartes de mí! Tienes suerte de haber hablado conmigo... pues por aquí hay gente a la que las visitas no le caen bien. -Te estremeces-. Antes de que lo olvides, soy James Ruse.

Te encantaría preguntarle qué delito cometió para merecer la deportación, pero te parece que sería muy poco cortés por tu parte.

Aunque Ruse te lleva a dar una vuelta por la cubierta, evidentemente tu «padre» no aparece. Ruse te cuenta que le permiten estar en cubierta gracias a su buena conducta.

-En la bodega hay individuos a los que no te gustaría conocer -dice-. ¿Estás seguro de que quieres seguir buscando a tu padre?

Aunque no estás convencido, cuantos más presidiarios puedas conocer, mejor para tu misión.



**Vas a la bodega con Ruse.  
Pasa a la página 83.**



**Buscas al comandante de esta flota.  
Pasa a la página 95.**





A tu alrededor, las gorras vuelan por el aire y los hombres se abrazan entre sí.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Hurra! ¡Hurra!

Un guardiamarina sube sobre sus hombros a un joven tambor y lo pasea por cubierta. Está fuera de sí de alegría. ¡Por fin la flota de barcos cargados de presidiarios ha llegado a Botany Bay!

Es el 20 de enero de 1788. Has franqueado la barrera del tiempo para llegar al *Supply*, el buque insignia del comandante —ahora gobernador— Phillip. Han pasado ocho meses y se han recorrido veinticuatro mil kilómetros desde que la flota se hizo a la mar. El cielo está límpido y el tiempo es apacible. Todos están de buen humor para las celebraciones.

Habría que decir todos, menos el gobernador Phillip. Éste, algo separado de los tripulantes, observa con ojo crítico la bahía.

—¡Vicegobernador Ross! —llama a un joven que está próximo—. ¿Puede venir un momento?

—¿Qué desea, señor? —pregunta Ross.

—Este sitio no me gusta nada —comenta Phillip en voz baja—. Es una bahía poco profunda y desprotegida. Será imposible fondear los barcos aquí sin que no corran peligro. ¡Fíjese en el aspecto

pantanosos que presenta la tierra firme! ¿Qué haremos para cultivar estas tierras?

—Señor, ¿qué le gustaría hacer? —inquire Ross, también en voz baja—. En este preciso momento, sería lastimoso desanimar a toda la tripulación.

—De momento, no diremos nada. Quiero enviar un equipo de exploración para que busque un lugar más idóneo. Y hasta entonces nos quedaremos aquí. —En ese momento el capitán repara en tu presencia y pregunta, colérico—: ¿Qué haces aquí?

—Viajé en otro barco de la flota —te apresuras a responder—. No pretendía ser indiscreto.

Te das cuenta de que tal vez puedas ayudar al gobernador Phillip. ¡Al fin y al cabo, ya habías estado en Australia! Recuerdas un puerto situado a pocos kilómetros de aquí, al que Cook bautizó con el nombre de Port Jackson. Quizá corresponda exactamente a lo que el gobernador está buscando.

—Señor, el barco en el que viajaba se desvió de su rumbo antes de volver a reunirse con la flota —explicas, mientras te devanas los sesos—. Me parece que el territorio situado al norte de aquí es ideal para un asentamiento. Podría navegar unos pocos kilómetros más costa arriba.

—¿Hacia el norte? No parece tan mala idea —responde Phillip—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Encantado, gobernador —replicas.

Dos días después, Phillip envía a tierra un equipo de exploración. El lugar que mencionaste está rodeado de magníficos acantilados y satisface perfectamente las expectativas de Phillip.

—¡Es el mejor puerto del mundo! —exclama—.



Lo llamaremos Sydney, en honor de lord Sydney, el ministro de Asuntos Coloniales. Tal vez preste más atención a nuestra colonia si se entera de que lleva su nombre.

El 26 de enero, todos los barcos de la flota quedan fondeados en el nuevo puerto... y las celebraciones se reanudan.

—¡Brindemos por el nuevo asentamiento! —grita el gobernador—. ¡Por Sydney! ¡Y por el veintiséis de enero, el día de Australia!

Disparan una salva de cañonazos.

Te alejas en cuanto los aplausos y vítores arrecian.

Aunque el nuevo asentamiento ya está en marcha, todavía no lograrás identificar al primer colonizador. Tardarán mucho tiempo en desembarcar las provisiones, ello sin hablar de erigir una nueva colonia. ¿Cuánto tardarán?



Avanzas cinco meses.  
Pasa a la página 101.



Avanzas dos años y medio.  
Pasa a la página 105.



Vas a 1825.  
Pasa a la página 98.



E

s el 4 de febrero de 1787. Estás en el umbral de lo que parece ser un despacho. Inclinado sobre el escritorio, hay un hombre menudo y canoso que escribe tan afanosamente que no se ha percatado de tu presencia. Aguardas en la puerta, pero súbitamente una brasa en la parrilla de la chimenea rueda por el suelo y las chispas caen sobre la alfombra del hogar. Entrás en seguida y pateas la brasa para devolverla al fuego. En ese momento el hombre levanta la mirada.

—¿Eres el mensajero que pidió el capitán Arthur Phillip? —pregunta.

—Yo... sí, señor, así es —respondes.

—Me alegro. Soy el capitán Phillip. Casi he terminado. Siéntate junto al fuego y entra en calor mientras esperas.

El día es muy frío y el fuego te reconforta. Acercas las manos y te frotas los dedos hasta desentumecerlos.

Después de escribir unas líneas más, el capitán Phillip vuelve a mirarte.

—Tal vez tarde más de lo que suponía. ¡Intento ser contundente, sin perder los estribos!

—Señor, ¿de qué trata la carta? —quieres saber.



—Solicito al Ministerio del Interior de Gran Bretaña que me entregue más ropa de abrigo para los pobres convictos y que aumente sus raciones. También pido que envíe medicinas y que procure aliviar un poco el hacinamiento que hay en los barcos —suspira—. Tengo la sensación de que mis superiores consideran que los presidiarios son inferiores a los animales.

—Señor, ¿se refiere a los presidiarios que partirán rumbo a Australia?

—Exactamente. Soy el comandante de la primera flota. Me convertiré en gobernador de la nueva colonia... si es que logramos llegar.

—Capitán, ¿ya conoce a los convictos? ¿Cree que están en condiciones de convertirse en buenos colonizadores?

—No sé qué decirte —responde Phillip—. Permanecer encadenado en el puerto de Portsmouth no es el modo más idóneo para que una persona demuestre su carácter. Sé que algunos presos sueñan con empezar una nueva vida... pero en su mayoría perdieron las esperanzas hace mucho tiempo.

—Concretamente, ¿hay algunos que parezcan estar en condiciones de convertirse en colonizadores?

—Yo diría que los que han sido campesinos están mejor preparados —responde Phillip—. Pero no he hablado con todos. Son muchos, ya lo sabes, más de setecientos. Y soy responsable de todos —suspira otra vez. Vuelve a ocuparse de la carta y lee la última oración en voz alta—: «Si no hacéis lo que solicito, por lo menos dad a conocer al mundo mi petición». Bueno, esto es todo lo que puedo hacer. ¡Pobres diablos! Debo cuidarlos

según mi mejor saber y entender... pues nadie más se ocupará de ellos. —Te entrega la carta—. Llévala al Ministerio del Interior. Aquí tienes esto por las molestias que te has tomado.

Te da un chelín.

—No hace falta, capitán. Guárdelo para los convictos.

En cuanto sales, te detienes a pensar. Será mejor que franquees la barrera del tiempo rumbo al Ministerio del Interior, y que entregues la carta. ¡Y después, a Australia!



**Avanzas hasta el día en que la flota llega a Botany Bay.  
Pasa a la página 92.**



E

L cambio que ha tenido lugar es asombroso. Corre el año 1825 y te encuentras en la puerta trasera de una elegante mansión estilo Regencia, con tejado en forma de cúpula. A través de la puerta divisas hombres y mujeres que bailan, ataviados con unas prendas elegantísimas.

—¿Eres el ayudante que he pedido? —pregunta un nervioso mayordomo, y te sujeta por el brazo—. Bienvenido a Villa Henrietta. ¡Entra de una buena vez y ocúpate de secar esas copas!

Le haces caso, porque al mismo tiempo tienes la oportunidad de ver la fiesta.

Un joven vanidoso baila tan amaneradamente que no puedes disimular una sonrisa. Su compañera, que luce un vestido de tafetán carmesí, lo contempla embelesada. ¡De hecho, todas las jóvenes presentes se pirran por él!

—Es el joven Forbes, que ha venido de visita desde Inglaterra —dice el mayordomo a tus espaldas—. En Londres, sólo es el hijo de un sastre rico... pero aquí se convierte en el huésped más solicitado del país.

Ahora, todos los invitados procuran no reírse del joven Forbes. ¡Aunque éste no lo ve, detrás de él hay un aborigen que copia sus movimientos!

—Ése es Bidgee-Bidgee. —El mayordomo ríe entre dientes—. Es nativo. ¿No te parece un excelente imitador?

De repente, la compañera de Forbes se da





cuenta de la parodia. Se pone más roja que el vestido que luce, abandona la pista de baile y corre en tu dirección.

Una muchacha con un vestido de seda rosa dice remilgadamente:

—¡Qué pena! ¡Eso te pasa por coquetear con un personaje tan especial!

—¡Mira quién habla! —replica Tafetán Rojo—. Lo que pasa es que te carcome la envidia. Al fin y al cabo, tu padre es partidario de la emancipación, como el mío.

¿Partidario de la emancipación? ¡Eso significa alguien que recobra la libertad, un antiguo presidiario!

—Es verdad, ¡pero mi familia lleva aquí mucho más tiempo que la tuya! —puntualiza sarcásticamente Seda Rosa—. Nosotros llegamos con la primera flota.

—¿Con la primera flota? —las interrumpe—. ¿Es descendiente de los de la primera flota?

¡Eso quiere decir que la primera colonia sobrevivió!

—Mi padre fue uno de los primeros granjeros gubernamentales —sisea Seda Rosa—. ¡Uno de los colonos libres partidarios de la emancipación!

—Pero no el primero —aclarar Tafetán Rojo.

Dejas que sigan discutiendo. Ha llegado la hora de retornar a la colonia. Tienes que averiguar qué supone ser un granjero gubernamental.



**Buscar un lugar tranquilo para  
franquear la barrera del tiempo.  
Pasa a la página 112.**



**E**

L mes de junio de 1788 toca a su término. A tu alrededor, el terreno traza una curva descendente y va al encuentro del océano. Las laderas están pobladas de eucaliptos y sus hojas verdegrises brillan bajo el Sol. Esos árboles son una maravilla, pero poco a poco van minando la nueva colonia de Sydney.

Los árboles son tan resistentes que las hachas de los colonos no logran cortarlos. Ayudas a doce hombres que luchan por arrancar un ejemplar de tamaño mediano. ¡Hace una semana que lo intentan!

—Quizá tendríamos mejor suerte si el Ministerio del Interior hubiera enviado las herramientas debidas —se queja amargamente un hombre—. Nos enviaron la chatarra que ya no les servía y esta madera se burla de nuestras hachas. —Tira al suelo su herramienta—. No conseguirán que vuelva a mover un dedo —declara, y se aleja.

Los demás le observáis en silencio. El pobre hombre tiene razón. El Ministerio del Interior no mandó a nadie para supervisar a los presidiarios... y los marineros que realizaron la travesía no están dispuestos a ocuparse de los presos. La mayoría de los penados se niega a trabajar.



Sin embargo, hay un elemento positivo en esta desdichada situación. La colonia está tan necesitada de brazos que nadie hace muchas preguntas acerca de tu procedencia. ¡Todos se limitan a suponer que has viajado en un barco que no era el de ellos!

Te enjugas el sudor de la frente.

—Iré a buscar al gobernador —dices.

Encuentras el capitán Phillip estudiando unas chozas desvencijadas, construidas con madera de palma, la única madera de la zona que no se resiste a vuestras herramientas.

Da la sensación de que el gobernador Phillip ha envejecido veinte años. Tiene los hombros hundidos a causa del agotamiento y está mucho más delgado. De todos modos, te saluda amablemente.

—Gobernador, quiero que me diga si puede prestarnos algunos bueyes para arrancar árboles —dices—. Creo que los encargados de esta tarea están a punto de reventar.

—¿Dónde te habías metido? —El gobernador te mira con cara de sorpresa—. ¡Todo el ganado ha escapado! Dejé las reses al cuidado de tres presidiarios... pero se quedaron dormidos. Bueno, está bien, supongo que a la larga no tendrá la menor importancia —cavila—. Si hubieran permanecido aquí, probablemente nos las habríamos comido. Hoy mismo pienso anunciar que las raciones se reducirán a dos tercios.

—¿Lo considera realmente necesario? —inquieres.

—¡Ya lo creo! —espeta—. Acabo de enterarme de que el trigo que trajimos se recalentó durante el viaje y ahora no sirve. El arroz está plagado de

gorgojos. No me extraña que a todos se les caigan los dientes a causa del escorbuto.

—Dígame, ¿qué hará..., qué haremos?

Phillip menea la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. He suplicado a Inglaterra que envíen provisiones y de momento no he recibido respuesta. Mandarán un barco con provisiones, el *Guardian*, pero es evidente que aún no ha llegado. Empiezo a sospechar que se han olvidado de nosotros.

¿Os habrán olvidado? Vas al *Guardian* para averiguarlo.



Pasa a la página 109.



E

STAMOS en 1819.

Estás a bordo de otra nave de convictos que se dirige a Australia... y te encuentras en un rincón oscuro del comedor. Filas de mujeres que visten uniformes limpios comen en las largas mesas de madera. Parece que el menú consiste en budín de pasas y puré de guisantes... y que las raciones son generosas. ¡Sin duda, esto da la sensación de que las condiciones de deportación han mejorado desde 1790!

Te adelantas y tocas el hombro de una mujer.

—Disculpe —dices—. Formo parte de la administración colonial y me han encargado que compruebe que se les trata correctamente —improvisas.

La mujer ríe cordialmente.

—¡Ya lo creo! ¿No está enterado de que el Gobierno acaba de tomar la decisión de pagar una prima a los contratistas navieros por cada presidiario que entreguen con vida?

¡Parece el mejor modo de cerciorarse de que los pasajeros lleguen sanos y salvos a destino! Estás seguro de que esa medida evitará, como mínimo, que se repitan horrores como el que sufrió la segunda flota.



Retrocede a 1789.  
Pasa a la página 112.



H

ACE mucho calor:

casi cuarenta y tres grados a la sombra. Los perros de la colonia están hundidos hasta el cuello en el agua, y las pocas gallinas que quedan reposan desmayadamente bajo los árboles cubiertos de polvo. Han transcurrido más de dos años desde que la primera flota tomó tierra... y no habéis vivido más que penurias.

Has organizado un grupo de exploración en busca de alimentos para combatir el escorbuto que devasta a tantos colonizadores. Las notas que tomaste para Banks resultan muy útiles, sobre todo porque fue sumamente minucioso a la hora de apuntar las descripciones de las plantas comestibles. Sin embargo, la ola de calor ha matado casi todos los vegetales.

Notas que algo te golpea la cabeza. Alzas la mirada... y retrocedes horrorizado. ¡Del cielo caen periquitos muertos! El calor ha debido de resultarles excesivo.

—Descansemos un rato —propones—. Nadie debería trabajar mientras las aves muertas le caen encima.



Encuentras una zona de sombra y te dejas caer. Estás tan agotado que apenas reparas en la primera gota de lluvia que cae en tu nariz. Luego sientes otra en la mano... y otra... y otra...

Miras el cielo. ¡Está lloviendo! ¡Por fin ha terminado la sequía!

En medio del aguacero repentino divisas un destello en el horizonte. ¿Es posible que sea...? ¡Sí! ¡Es un barco!

—¡Un velero! ¡Un velero! —gritas—. ¡Izad la bandera!

Ha llegado la segunda flota... ¡con provisiones!

—Y más convictos —comenta afligido el gobernador Phillip—. ¡Necesitaba más ayuda, no más gente a la que cuidar!

Es aún peor de lo que cabía imaginar. Los demás colonizadores y tú contempláis, asustados, a los pasajeros de la segunda flota, que desembarcan bajo la lluvia que cala hasta los huesos.

Están demasiado débiles para caminar. Algunos se las arreglan para reptar por la plancha, pero a otros hay que trasladarlos a hombros. Además, al puerto se arrojan decenas de cadáveres: los restos de los pasajeros cuya muerte no se descubrió durante la travesía.

Superada la sorpresa inicial, ayudas a las víctimas a llegar a la orilla. Una mujer se derrumba cuando intentas ayudarla a ponerse en pie. Tienes que llevarla a hombros... tarea que resulta muy fácil. La pobre mujer es puro hueso.

—¿Qué ocurrió? —te interesas.

Su voz suena tan débil que tienes que agacharte para oírla.

—El Ministerio del Interior... encargó a contratistas privados... que nos trajeran —dice casi sin





aliento—. Eligió a los que... presentaron el precio más bajo... ahorraron dinero matándonos de hambre... he pasado siete meses en la bodega.

La voz de la pobre mujer se extingue, pues se ha desmayado.

¿Sobrevivirá alguien en la nueva colonia?



**Haz un desvío para averiguar qué ocurrió con las futuras flotas de presidiarios.**

**Pasa a la página 104.**



iceberg.

No hay rastros de civilización en varios kilómetros a la redonda, si bien el agua está atestada de restos. Con las raíces cubiertas por arpillera, varios frutales jóvenes flotan en medio de las masas de hielo. También ves cadáveres. Y el casco destrozado de una nave, con su nombre en letras de madera clavadas: G ARDIAN.

¡El barco con provisiones que esperaba el gobernador Phillip debió de chocar con el iceberg en el que ahora te encuentras!

La colonia tiene tantos problemas que quizá no encuentres al primer colonizador de Australia si no regresas y les echas una mano. ¿Retornas a la colonia o avanzas en el tiempo para cerciorarte de que la primera flota sobrevivirá?



**Avanzas en el tiempo.  
Pasa a la página 98.**



**Vuelves a la colonia y les echas una mano.  
Pasa a la página 112.**



E

L gobernador Phi-

lip dice, irónicamente:

—Ojalá pudiera ofrecerle una copa pero, como ya habrá visto, en este momento nuestras provisiones escasean.

—No se preocupe, gobernador —le tranquiliza Ruse—. El hecho de poder descansar un rato me basta y me sobra.

Han pasado dos horas desde que viste a Ruse peleando con el trío. Ambos os encontráis en la tienda de campaña del gobernador, pendientes de lo que éste va a deciros.

Phillip juguetea con una pluma.

—Sé que parecerá una locura, pero me gustaría hacer un modesto experimento —dice abruptamente—. He decidido crear otro asentamiento, una colonia agrícola. Podríamos denominarlo una granja gubernamental. Descubrí un sitio, a unos veinticinco kilómetros, que parece ideal.

—¡Pero en este lugar nos estamos muriendo de hambre! —protestas—. ¿Cómo se le ocurre pensar en crear otro asentamiento?

—El lugar es maravilloso —prosigue el gobernador, como si no te hubiera oído—. Lo he bautizado con el nombre de Rose Hill. Creo que será perfecto para nosotros. Bueno, ¿qué respondéis? —pregunta alegremente, y arroja la pluma—. ¿Estáis dispuestos a ir a ese lugar y crear el nuevo asentamiento? —Ruse y tú os miráis—. Recordad que no puedo ofreceros ayuda —añade el gobernador—. Sólo la mano de obra de los presidiarios... y

ya sabéis cómo son. Os robarán todo lo que puedan en cuanto os distraigáis.

Ruse tiene dificultades para expresarse:

—Pe-pe-pero, gobernador, yo-yo mismo soy un convicto —murmura roncamente—. ¿Por qué me trata con tanta deferencia?

—Aquí, todos hemos tenido la posibilidad de empezar una nueva vida —replica Phillip amablemente—. Amigo mío, no estoy dispuesto a juzgarle por su pasado.

Ruse se pasa torpemente la mano por los ojos y murmura:

—Claro que iré.

El gobernador se vuelve hacia ti y pregunta:

—¿Y tú qué dices? ¿Ayudarás a tu amigo?

No sabes a ciencia cierta qué será más útil para tu misión. La colonia de Sydney tiene tantos problemas que dudas de que un nuevo asentamiento llegue a sobrevivir. Si la granja de Ruse fracasa, habrás perdido mucho tiempo... y esfuerzos. ¿Corres el riesgo de ir con Ruse o te quedas trabajando en Sydney?



**Permaneces en Sydney.  
Pasa a la página 122.**



**Vas a Rose Hill.  
Pasa a la página 115.**





# H

AS regresado a Sydney en medio de una refriega.

—¡A pelear! ¡A pelear!

Tres hombres rodean cautelosamente a un cuarto que se limpia un hilillo de sangre del labio. Uno de ellos pretende asestarle un puñetazo en la mandíbula, que él logra esquivar, pero en cambio recibe un golpe en el estómago y se dobla.

¿Tres contra uno? ¡Eso no es jugar limpio! Tienes que hacer algo.

—¡Fuego! —gritas.

Aunque el truco es muy viejo, da resultado. Los tres agresores se vuelven, desconcertados, y la víctima tiene tiempo de levantarse. Tu grito también alerta al gobernador Phillip, que se acerca a la carrera. En cuanto lo ven, los tres hombres se escabullen.

—Lo siento, gobernador —dices avergonzado—. No se me ocurrió nada mejor.

—Pues yo te estoy muy agradecido —asegura el hombre. Hace una pausa y añade—: Espera un momento, ¿no nos hemos visto en alguna ocasión? —Antes de que puedas responder, agrega—: No, es imposible. De todos modos, te agradezco la ayuda que me has prestado.





—Olvidelo, señor...

—Ruse, James Ruse —replica.

—Ruse, ¿a qué se debió la refriega? —quiere saber el gobernador.

El semblante de Ruse se ensombrece.

—Gobernador, prefiero no tener que mentir.

—No se preocupe —insiste Phillip—. Conozco a esos tres. No creo que pueda contarme muchas cosas que yo sea incapaz de deducir por mi cuenta.

—Señor, querían impedirme trabajar. Como sabe, puesto que no eligieron venir a estas tierras, algunos hombres no le encuentran sentido al trabajo. Incluso tiran las herramientas siempre que se les presenta la ocasión. También dicen que deberíamos mantenernos unidos.

—Mantenerse unidos y morir de hambre, ¿no es cierto? —inquieta el gobernador—. Me alegra comprobar que tiene el coraje necesario para hacerles frente... y que su amigo es lo bastante inteligente como para sacarlo del aprieto. Ruse, venga a visitarme en cuanto se haya aseado y haré todo lo que esté en mis manos por ayudarlo. —Se vuelve hacia ti—. Ven tú, también.

¿Qué querrá decirnos el gobernador?



Pasa a la página 110.



R

USE se enjuga el sudor de la frente.

—Ya está bien, descansen un rato —jadea, y deja caer la azada.

Ruse, tú y los seis convictos que han ido a Rose Hill como ayudantes os sentáis en el suelo. Hace cuatro horas —desde el alba— que intentáis romper la tierra reseca por el Sol, a fin de ablandarla lo suficiente para cultivarla. Aunque el gobernador Phillip os dio a Ruse y a ti algunas semillas de trigo, ¡de nada servirán si no lográis introducirlas en la tierra! Te vuelves para comprobar cuánto habéis avanzado y suspiras. La superficie de la tierra está casi intacta.

—Aún nos queda mucho por hacer —comentas.

Ruse asiente.

—Sin duda, sería más fácil si tuviéramos un arado. Las azadas no sirven de mucho... ¡Espera! ¿Adónde vas?

Un convicto se aleja rápidamente, tapándose con la andrajosa chaqueta. ¡Hace un calor abrasador! ¿Es posible que tenga frío?

—¡Devuelve esa pala! —chilla Ruse, que corre en pos del hombre y lo retiene del hombro.

El presidiario se vuelve, saca la pala de debajo de la chaqueta... y la deja caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Ruse.



Ruse se desploma. El convicto suelta una perversa carcajada y se esfuma.

Te acercas corriendo a tu amigo. Aunque ha logrado incorporarse, tiene expresión de atontado.

—¿Se encuentra bien? —preguntas.

—Creo-creo que sí. ¿Ha escapado?

—Sí —echas un vistazo a tu alrededor—. Los otros también se han largado.

—Apostaría a que se llevaron las herramientas.

—Ruse hace una mueca de dolor—. Las aprovecharán para comerciar con los aborígenes. Bueno, creo que no volveremos a ver a ese grupo. Pediré al gobernador que nos proporcione más ayudantes.

—Detesto decirlo, pero ¿podría preguntarle si puede dejarnos uno o dos mosquetes? —preguntas—. No conseguiremos hacer nada si somos incapaces de conservar nuestras cosas. Si estuviéramos armados, no intentarían robarnos en nuestras propias narices.

—Me parece que tienes razón. De todos modos, detesto... detesto tener que armarme para defenderme de mis compatriotas.

—Pero lo que quiere es que la granja funcione, ¿no? —insistes.

—Por supuesto —responde Ruse lacónicamente—. Sigamos trabajando.



**Pasa a la página 119.**



**S**E han recolectado veinticinco toneladas de trigo. Corre el mes de noviembre de 1789 y se ha recogido toda la cosecha de la granja gubernamental de Rose Hill. James Ruse y tú estáis orgullosos como pavos reales... lo mismo que el gobernador Phillip.

—Veinticinco kilómetros al oeste, en Sydney, los otros convictos se mueren de hambre —dice el gobernador a Ruse—. Ahora sé que tienen una oportunidad. También sé que, prácticamente, ha cumplido su condena. Me gustaría hablarle de otro experimento en el que he estado pensando. Me gustaría averiguar cuánto tiempo necesita un campesino para vivir de sus propios recursos en estas tierras. Si le doy media hectárea y los medios para explotarla, ¿tratará de convertirse en el primer colonizador?

Ruse aprieta la mano del gobernador. Intenta hablar, pero sólo logra asentir con la cabeza. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¡Está bien, está bien! ¡Trato hecho! —se apresura a añadir Phillip—. Ya hablaremos más adelante. Ah, antes de que se me olvide... si logra que funcione, le daré quince hectáreas y se podrá quedar con ellas a cambio de nada.



—¿Qué nombre le pondrá al asentamiento?  
—preguntas.

Ruse sonríe y replica:

—¡Granja del Experimento, por supuesto!

Parece que por fin has dado con el primer colono de Australia. Ahora, avanza en el tiempo para comprobar si lo consigue.



**Pasa a la página 123.**



**E**

s la medianoche del 15 de septiembre de 1789. Dormitas agitado al borde de un trigal, con un mosquete sobre las rodillas. ¿Se presentarán esta noche?

Para sorpresa de todos, por fin florece la nueva granja gubernamental de Rose Hill. Dentro de unos días comenzará la siega, motivo por el cual tienes el mosquete a mano. Los penados ya han robado casi todas las herramientas de la granja. ¡Tienes que impedir que se apoderen del trigo!

Súbitamente te incorporas. Has oído un susurro en la oscuridad. ¿Te habrán visto? Te echas y empiezas a roncar.

Ahora el susurro suena más cerca:

—Sí, ésta es la granja. Espera un momento, hay alguien... no, el mocoso duerme a pierna suelta. ¿Podrás llegar hasta el mosquete?

Las sigilosas pisadas se aproximan. Oyes respirar a alguien —mejor dicho, percibes que alguien respira— y entonces la mano de ese hombre roza el mosquete. ¡Adelante!

Aferras el arma y disparas al aire.

—¡Fuera de aquí! —gritas a voz en cuello.

James Ruse abandona su choza corriendo. Los ladrones huyen a la desbandada en medio de la





maleza, pero uno de ellos tropieza y cae. Ruse lo alcanza en un santiamén. Lo sujeta por el cuello de la chaqueta y le da la vuelta hasta que quedan cara a cara.

—Oyeme bien... y más vale que esta vez me oigas —sisea—. Estoy hasta las narices. Aquí tengo la posibilidad de hacer algo por mí, y nadie, absolutamente nadie, se interpondrá en mi camino. ¿Te lo has metido en la sesera?

—S-s-sí —tartamudea el ladrón.

—Me alegro por ti. Lárgate. Si vuelvo a verte, serás hombre muerto.

El ladrón se incorpora y echa a correr en busca de sus compañeros.

—¿Siempre utiliza un lenguaje tan florido? —preguntas, y ríes sin convicción.

James Ruse aún tiene la mirada clavada en la dirección que tomaron los ladrones.

—Hablabas en serio —asegura, impertérrito—. Esta tierra se ha vuelto contra mí, mis compañeros de cárcel intentan llevarme a la ruina..., pero ahora nadie me impedirá triunfar.

—No lo dudo.



Avanzas a la época de la siega.  
Pasa a la página 117.





# E

N esta aventura has experimentado muchas emociones, pero jamás imaginaste que tu supervivencia dependería hasta tal punto del estiércol.

Cuando el ganado escapó de la colonia de Sydney, se llevó consigo la principal fuente de abonos con la que contaba la población. ¡Y sin abonos no hay cosechas!

Están buscando un modo ingenioso de resolver el problema. Un teniente te pregunta:

—¿Serías tan amable de seguir hoy a las gallinas y... bueno, ya sabes, tratar de conseguir algo?

—Claro —respondes contrariado.

Pocos minutos después, llegas a la conclusión de que preferirías hacer otra cosa.

Tendrías que haber ido a Rose Hill con James Ruse. Las cosas que pasan en Sydney no son de tu agrado.



**Emprendes el camino de Rose Hill.  
Pasa a la página 115.**



# H

A pasado año y medio desde que James Ruse recibió su media hectárea.

Rompe el día mientras subes hacia su granja por el sendero.

Aunque su hogar sólo es una choza con techo de paja, está limpio y tiene muy buen aspecto. Ha cultivado hasta el último centímetro de tierra. ¡Ruse no permite que se desperdicie ni un palmo de su media hectárea!

Llamas a la puerta, pero nadie responde. Rodeas la casa, en dirección al campo posterior. Sí, allí está, trabajando de firme. Te ve y se acerca de un salto para estrecharte la mano.

—¡Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez! —exclama—. ¿Dónde estabas?

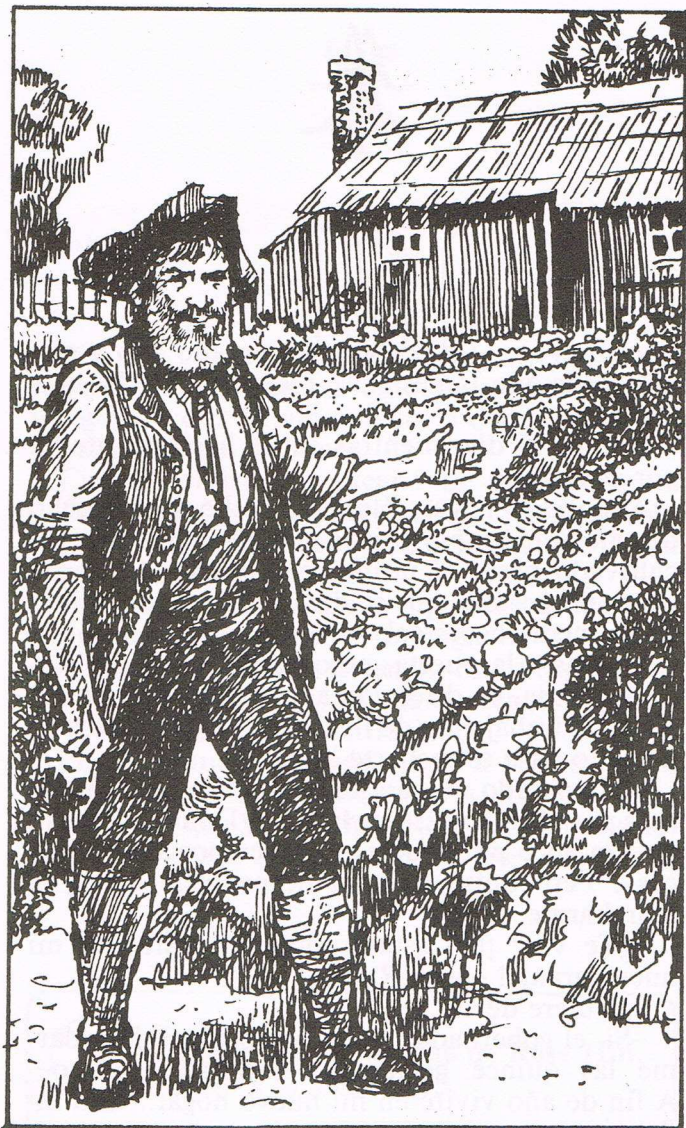
—Un poco por aquí y otro poco por allá —replicas—. Pero quise pasar a despedirme antes de marcharme.

—¿Te vas? ¡No estarás presente para ver mi nueva granja! —grita Ruse.

—¿Quiere decir...?

—Sí, el gobernador se ha comprometido a darme las quince hectáreas —declara orgulloso—. A fin de año viviré en mi nuevo hogar... con mi flamante esposa.





—¡Felicitaciones! ¿Qué siente al haberse convertido en el primer colonizador de Australia?

Ruse sonríe.

—Tengo la sensación de que tendré que trabajar duro. Será mejor que vuelva a mis tareas.

Te estrecha nuevamente la mano, da media vuelta y se interna en el campo de cultivo.

Le miras alejarse. Es difícil creer que por fin has cumplido tu misión. Los miles de kilómetros que has recorrido, la infinidad de personas que has conocido, las experiencias que has vivido convergen en este hombre y su ínfima parcela.

James Ruse no sabe hasta qué punto la historia se relaciona con su modesta granja. Tampoco sabe que es el símbolo de una civilización totalmente nueva. Pero tú sí lo sabes.

Sale el Sol en el momento en que te dispones a franquear la barrera del tiempo rumbo a casa.

**MISIÓN CUMPLIDA**



## LISTA DE DATOS

- Página 3: ¿Estás preparado para hacer frente a lo que encontrarás en un típico barco del siglo XVIII?
- Página 13: Se supone que los vientos tropicales son muy benéficos.
- Página 42: ¿Cuál fue el destino de muchos marineros de la época?
- Página 48: ¿Tu misión consiste en ayudar a Banks?
- Página 56: El buen viajero a través del tiempo sabe perfectamente lo importante que es ser coherente.
- Página 66: Aquí te podría resultar muy útil un vistazo al Gobierno británico.
- Página 77: ¿Es una época propicia para ser delincuente?
- Página 109: El trabajo duro nunca hizo daño a nadie.

## GUÍA DIDÁCTICA PARA EDUCADORES

Ponemos a disposición de los maestros y educadores una *Guía didáctica* de la colección «La máquina del tiempo». Dado que esta serie supone un tratamiento totalmente nuevo de la literatura juvenil, la *Guía* que ofrecemos puede ser una buena ayuda para los educadores, ya que les sugiere una extensa gama de actividades, que se hallan desarrolladas en ella, y que van más allá de las materias de estudio.

El hecho de que el lector sea el protagonista de su propia aventura en el tiempo, proporciona un sinfín de posibilidades para que el educador pueda trabajar en el desarrollo de la personalidad del mismo, tanto individual como colectivamente.

Las actividades que figuran en la *Guía* están directamente relacionadas con las épocas a las cuales «viaja» el lector, y complementan los temas de algunas asignaturas habituales del ciclo superior de la Enseñanza General Básica como son, principalmente, la historia y las ciencias sociales.

Si desean conocer la *Guía* y su utilización, pueden pedirnos un ejemplar y se lo remitiremos sin cargo alguno. Solicítenlo a:

EDITORIAL TIMUN MAS, S. A.  
«La máquina del tiempo»  
Castillejos, 294  
08025 - BARCELONA



**AÑO 1787**



**Has retrocedido a los tiempos en que Australia era una colonia penitenciaria para delincuentes ingleses.**

Estás en la asfixiante bodega de un barco prisión que se dirige a Australia. Súbitamente, aparece una mano en la oscuridad y te sujeta el hombro.

¿Haces frente a tu agresor o intentas librarte de él? ¡Tu decisión puede llevarte a lugar seguro... o a quedar perdido en el tiempo!

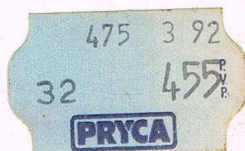
**¿ESTÁS DISPUESTO A PLANTAR CARA AL PELIGRO?**

**RUMBO A AUSTRALIA**

Por Nancy Bailey

Ilustraciones:

Julek Heller



**LA MAQUINA DEL TIEMPO**